

**LA GUERRA
DE LOS
GIMNASIOS**

C É S A R

AIRA



Lectulandia

Un joven actor de teleteatro, Ferdie Calvino, decide anotarse en el gimnasio de su barrio con un objetivo preciso: lograr un cuerpo que provoque «miedo a los hombres y deseo a las mujeres». Pero una insólita e inexplicable guerra ha estallado entre los gimnasios de Flores: el Hokkama y el Chin Fu. Ferdie se ve envuelto en las hostilidades del violento combate y termina siendo un elemento fundamental de la cruenta batalla que desnuda perversas e insospechadas alianzas.

Lectulandia

César Aira

La guerra de los gimnasios

ePub r1.0

lenny 03.08.2019

Título original: *La guerra de los gimnasios*
César Aira, 1993
Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere

Editor digital: lenny
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

En medio de la guerra de gimnasios de Flores, en una fase en la que el gimnasio Chin Fú estaba llevando la peor parte, cayó a este alguien con el inocente propósito personal de mejorar su aspecto físico. No porque lo necesitara visiblemente: era un muchacho de unos veinte años, un rubio de aspecto corriente, ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco, ni lindo ni feo. Se llamaba Ferdie Calvino. Lo que quería, le dijo a Mary, la recepcionista, después de llenar la ficha y pagar la matrícula, y lo que minutos después le repitió a Julio, el instructor de turno a esa hora, era perfeccionar su cuerpo de modo que provocara «miedo a los hombres y deseo a las mujeres». Así de simples eran sus intenciones.

El primer piso del Chin Fú, en el que Ferdie entraba por primera vez, era un salón oblongo lleno de aparatos nautilus de todas las formas imaginables. La vista se perdía en esa jungla metálica; al recién llegado le parecía mucho más grande de lo que era en realidad. Aquí y allá un cuerpo humano resoplaba y gemía enganchado a las poleas: el golpeteo sordo de las pesas marcaba el ritmo. No había mucha gente; la primera impresión era de vacío. Un círculo de hombres jóvenes en buzos y *shorts* charlaba en un claro de máquinas hacia la mitad del salón. Al fondo, muy lejana, una pared de vidrio que daba a una terraza se estaba iluminando con una magnífica puesta de sol.

Ferdie se cambió en el vestuario vacío y volvió. Julio estaba mirando su ficha.

—Dejalo ahí —dijo señalando vagamente un rincón; Ferdie traía el bolso con la ropa, porque no tenía candado para dejarlo en un cofre.

Charlaron un momento de antecedentes, hábitos, horarios y expectativas. Fue entonces que Ferdie repitió su pequeña frase. El profesor no hizo comentarios. Acto seguido lo hizo subir a una de las bicicletas fijas; le puso un electrodo en el lóbulo de la oreja, otro en el cuello de la camiseta, y lo ayudó a meter los pies en los estribos de los pedales. Le explicó sumariamente cómo funcionaba, y la puso en marcha: los números se encendían al tocar con la punta del dedo las pequeñas pantallas. El tablero comenzó a parpadear y los números a correr. En unos segundos, Ferdie ya se sentía como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida. La resistencia de

los pedales iba cambiando al superar determinados números: cien, doscientos, trescientos. Era como avanzar contra un viento que creciera.

Se lo comentó al instructor, que se había quedado a su lado.

—No hables —le respondió. No lo decía de mala manera: era una regla de conveniencia durante los ejercicios, y a Ferdie le gustó que se lo dijera. De ese modo, todo quedaba implícito. El gesto tranquilo y cortés de Julio así lo indicaba. Tras un instante de silencio agregó—: Lo importante es lo que pasa en tu sistema sin que te des cuenta.

De modo que no era un viento en contra, pensó el alumno. No era una metáfora. Era lo implícito de los sistemas, y estaba sucediendo mientras tanto, en ese mismo momento en el que no sucedía nada. Era realidad pura. El maestro lo confirmó con una mirada al tablero, le recomendó que mantuviera el ritmo lo más cerca posible del 50, y se apartó. Fue al bar, que estaba a la derecha, y se puso a conversar con el lavacopas. Hablaban en voz alta, normal, pero Ferdie, a tres metros de distancia, no oía nada. Una chica de malla fucsia entró al vallado donde estaban las bicicletas; trepó a un balancín y empezó a columpiarse. Otra, de malla negra, fue a tomar agua a la máquina que había junto al bar, y después intervino en la charla de Julio y el lavacopas. Como antes, no se oía palabra.

A pesar de los ruidos y las voces y la música, había una especie de gran silencio. El corazón de Ferdie, que pedaleaba sostenidamente, comenzó a trabajar. Su mirada se perdía en las diez mil varas de metal verde cruzadas de travesaños que ocupaban todo el largo del salón frente a él, con un mazo de pesas subiendo y bajando aquí y allá. Al fondo, los vidrios, y al otro lado la terraza y el cielo, el sol poniente en medio de un rosa sin destino. Adentro estaban encendidos los tubos blancos en el techo, pero a esa hora la luz del crepúsculo entraba en una horizontal perfecta hasta el fondo y anulaba el flúor.

—Bzzzz, bzzzz.

La luz era el viento que le daba a Ferdie en la cara y lo clavaba en su sitio. ¿Adónde daba esa terraza? A la nada, evidentemente. Lo confundía un poco que el interior tuviera esta orientación este-oeste, cuando desde afuera habría podido jurar que era más bien norte-sur. La escalera al primer piso debía de tener un giro que lo trastornaba todo. Contribuía a la extrañeza sobrehumana de este lugar. Y no era que los edificios de la manzana le fueran desconocidos, todo lo contrario. Había pasado su infancia en la torre de la calle Yerbal justo atrás del Chin Fú, en un departamento del contrafrente desde el que veía los techos de lo que después fue el gimnasio. Desde esa

terrazza, pensó, podría ver el balcón donde había pasado tantos años jugando con sus autitos. Se prometió ir a ver cuando terminara con la bicicleta. Además, había hecho toda la primaria en la escuela de la esquina, pegada al Chin Fútbol... Salvo que no debía de estar tan pegada, si la orientación tenía noventa grados de diferencia.

El tiempo estuvo inmóvil unos minutos. En lugar de ponerse, el sol pareció acomodarse en un punto central, y avanzar un poco. Dos siluetas oscuras se dibujaron a media altura tras los vidrios del fondo, a contraluz. Se diría que flotaban en el aire, ilusión a la que contribuía su movilidad excesiva. Eran dos hombres, con los brazos y las piernas abiertos y agitándose con un temblor ajeno a la gravedad; daban la exacta impresión de dos cuerpos en caída libre vistos justo desde abajo, espejismo por completo injustificado porque Ferdie los veía en una paralela al piso.

Fue un segundo. Atravesaron los vidrios haciéndolos estallar en mil fragmentos luminosos que bailotearon en el estruendo antes de caer. Dos o tres gimnastas en los nautilus del fondo quedaron bañados en el polvillo cortante. Los intrusos ya estaban colgados de los travesaños de las últimas máquinas, sobre los que se pararon tras una flexión prodigiosa en la que fue como si se reintrodujeran en las dimensiones mundanas. Allí los tubos fluorescentes del techo contrarrestaron el sol del fondo y Ferdie pudo verles las caras. Eran dos orientales sin expresión alguna, vestidos con remeras y pantalones largos de nylon negro. Antes le había parecido que esos travesaños estaban a pocos centímetros del techo, pero no debía de ser así para que los dos sujetos estuvieran cómodamente parados encima. Salvo que fueran homúnculos de un palmo de altura, que era como se los veía desde la bicicleta; pero en ese caso no habría distinguido sus rasgos con tanta claridad. Soltaron unos gritos agudos, con seguridad palabras en otro idioma, y cambiaron dos o tres veces de postura. Ya se habían arrojado al piso, apoyaban espalda contra espalda alzando los brazos y volvían a gritar. Julio se había puesto en movimiento desde el momento de la rotura de los vidrios, pero en dirección opuesta al desastre. Al primero que se dirigió fue a Ferdie, por ser nuevo:

—No pierdas el ritmo. —Echó una mirada a los cuadrantes, cuyos números se habían revolucionado por la sorpresa, y no hizo comentarios. Después se plantó frente a los balanceos de la chica de fucsia—: Los músculos de la pantorrilla son tres, seis, nueve... —Inició una complicada explicación. Estaba tranquilo, pero de él emanaban ondas de potencia, como en una batalla unipersonal.

Varios gimnastas del Chin Fú se precipitaron a hacer frente a los intrusos. Ferdie estaba enterado de la guerra en curso, y más de una vez se había cruzado con combates en el barrio, pero sin prestarles atención. Y ahora, no bien iniciada esta anécdota de violencia, en la que tenía platea preferencial, sucedía que le estaban pidiendo que no la tomara en cuenta.

No era un detalle más, una extravagancia, sino lo que consumaba la realidad de la escena. Una indiferencia forzada, impuesta, como una voluntad. Por un espejo podía ver a Mary, la recepcionista, que seguía sentada tras el escritorio; desde su rincón, ella no podía ver la pelea, pero se había puesto pálida como una estatua de cera, y estaba muy quieta.

Los combatientes del Chin Fú eran rechazados una y otra vez por los dos orientales. Quedaban estrellados contra la pared, colgados de los nautilus, rodaban por el piso, y volvían a la carga.

Ferdie pedaleaba contra una fuerza inhumana; el viento inmóvil de la bicicleta se había multiplicado por mil, había pasado a otra dimensión. Pero no se detenía, eso era lo importante. Julio volvió a su lado y clavó los ojos en el tablero.

En eso se abrió una puerta a sus espaldas, la puerta oval de la oficina de administración tras los espejos, y salió un gigante, que fue directamente hacia el combate saltando sobre los aparatos. Debía de ser el famoso señor Chin Fú, el dueño del gimnasio. Los dos intrusos huyeron dando chillidos. El gigante pasó de largo el sitio donde se había desarrollado el combate y salió a la terraza, donde su cuerpo ocultó el sol poniente y el cielo. Ya era de noche.

La presión de los pedales cesó de pronto y hubo una pequeña melodía de bips en el tablero, como diciendo «ya terminamos, ja ja». Julio le desprendió los electrodos y señaló un número que parpadeaba: un cinco.

—Este es el resultado. Va de diez a cien. Tenés que hacer sesenta o setenta por lo menos para empezar con las rutinas de culturismo, porque antes los glúcidos van de ida...

—¡Pero entonces estoy por debajo del mínimo!

—Sí, ahora.

—No creía estar tan fuera de forma.

—No te preocupes por eso. —Lo ayudó a sacarse los estribos y Ferdie se apeó—. Estos números se basan en promedios estadísticos, y vos podés ser la excepción. Hay metabolismos de acción más rápida o más lenta, de hecho todos somos distintos.

—¿En serio? No sabía.

—Lo que importa es que tu sistema vaya acumulando tiempo.

—Julio.

Era Mary, que quería hablar con él. Se apartaron y Ferdie sólo pudo oír una pregunta de la mujer antes de que el silencio se tragara sus palabras:

—¿Viste lo que pasó?

Fueron hacia las profundidades del salón, donde una chica había empezado a barrer los vidrios rotos. Ferdie esperó mirando los cuadritos chinos que adornaban el bar hasta que volvió Julio y lo puso en el circuito isoquinético. Era una ronda de quince aparatos, que se recorrían al ritmo que marcaba un semáforo con luces y timbres en la pared. Llevaba media hora dar toda la vuelta, y Ferdie lo hizo tres veces, con lo que la sesión terminó. Recogió el bolso y se encaminó a las duchas en un estado de inexplicable melancolía.

En el vestuario había un grupito de muchachos mayores. Los oyó charlar y reírse todo el tiempo que le llevó ducharse, y cuando salió todavía seguían desnudos, secándose, peinándose, poniéndose desodorante. Ferdie le dirigió la palabra al que tenía más cerca:

—¡Qué sed tengo! Me tomaría un litro de soda. Seguramente me deshidraté. Como es la primera vez que vengo...

El otro le respondió con cortesía, pero brevemente, y siguió prestando atención a la charla general. No era charla en realidad, sino un juego de exclamaciones y risas, lleno de movimientos físicos. Parecía una pantomima, perfectamente incomprensible. Uno de ellos, muy musculoso, se subía por las piernas un *slip* rosa, tan pequeño y rígido y de forma tan irregular que no parecía un *slip* sino quizás una de esas prendas interiores femeninas que se ven colgando en las vidrieras. Cuando lo tuvo en la ingle estiró lo que se veía como pequeños círculos rosa inflados, con la vista fija en el espejo. Los otros se reían y hacían comentarios que por algún motivo Ferdie no alcanzaba a entender, o bien porque estaba pensando en otra cosa, o bien porque se le habían tapado las orejas con el agua. El más divertido de los bromistas, joven pero calvo, y casi deforme de tan desarrollado que tenía el tórax, se interponía en broma entre el del *slip* y su reflejo, impidiéndole verse, valsaba a medida que el otro se hacía a un lado y después a otro. Al fin se quitó el *slip*, de un solo tirón, en medio de una carcajada de todos, y se lo arrojó hecho un bollo al que estaba al lado de Ferdie, que se lo puso a su vez. Ferdie pensó que era una costumbre poco higiénica usar ropa interior ajena. Como seguía toda la escena con la vista, con una sonrisa algo idiota o distraída, pudo notar que la prenda en cuestión tenía los bordes de encaje, en un rosa más claro. El cuarto gimnasta, al otro lado del vestuario, tenía en las manos un calzón de satén

amarillo, este sí definitivamente femenino, de hurí. Pero no se lo ponía. Se miró al espejo cubriéndose el sexo con el calzón, que sostenía por el elástico con la punta de los dedos. El primero se lo quitó y lo imitó. Ferdie, que había olvidado vestirse y seguía tan desnudo como ellos, tuvo por un instante un pensamiento loco: que se había equivocado de vestuario y estaba en el de damas, que estos cuatro personajes eran mujeres... Fue como una de esas distracciones que a veces inundan la mente de un solo golpe, con una intolerable complejidad: miraba atontado los pectorales de uno y otro por el espejo y se preguntaba si no eran tetas de mujer. Por el tamaño, podían ser. En ese caso, él estaba de más, y en cualquier instante inminente se moriría de vergüenza, o antes sería expulsado a gritos... Fue un segundo nada más, porque bastaba ver lo obvio de las vergas colgando. Pero aun así, persistía esa inminencia desagradable, un poco angustiante.

De pronto, todo se aclaró. El calzón amarillo resultó ser en realidad una gorra de baño, de *lycra* (por eso brillaba y parecía satén) y el *slip* rosa un par de rodilleras rojas enlazadas y dadas vuelta como guantes: el relleno de almohadilla blanca traslucía el rojo de la tela y parecía rosada, a la vez que hacía efecto de encaje.

El fin de la ilusión no era el fin de los chistes, todo lo contrario. Esas bromas tenían algo de interminable. Ahora eran capaces de sacar corpiños negros o portaliñas violetas. Ferdie, que tenía la manía pueril de ser el centro de atención dondequiera que estuviera, carraspeó y dijo con voz insegura:

—Me parece... que me ha bajado la presión. Veo doble...

De inmediato se ocuparon de él con la mayor solicitud. Insistieron en que se recostara en un banco. Lo hizo, y entrecerró los ojos. Los cuatro lo rodeaban. A todas sus preguntas Ferdie habría podido responder que sí, y también que no.

—¿Hiciste sauna? ¿Te sentías mal antes? ¿No habías comido nada en toda la tarde? ¿No habías comido nada dulce antes de entrenar? ¿Te duchaste con agua muy caliente? ¿Hoy venías por primera vez? ¡Julio, Julio! Llaman a Julio. No es nada, en un minuto se te pasa, no te preocupes. Miren qué blanco se puso.

Vino Julio, y empezó a hacerle un interrogatorio. Los otros cuatro, que de pronto estaban vestidos, se iban uno tras otro:

—Chau. Hasta luego.

—Hasta luego.

—Chau. Chau.

—¡Hasta luego!

Una vez solos, Julio se quedó callado, observándolo. De repente se había ido él también, después de decirle que se quedara recostado unos minutos, que él enseguida volvía. Pasó un pequeño lapso, en el que se hizo un silencio completo. Flexionó las rodillas, se apoyó en los codos... Tenía ganas de desperezarse pero no se atrevía por miedo a que sus miembros se estiraran demasiado y se derramaran por el piso del vestuario. Después de todo, no sabía qué le había pasado. Cuando estuvo de pie en las baldosas frías, tuvo un sobresalto mayúsculo al ver a alguien desnudo mirándolo. Pero era él mismo, en el espejo. Se sentó.

Volvió a entrar Julio, con las manos vacías. No había ido a buscar nada, ni un remedio ni un médico, lo que era tranquilizante. Al verlo sentado le preguntó si se sentía mejor.

—Perfecto —dijo Ferdie—. Ya pasó.

—¿En serio?

—Sí. Fue un malestar momentáneo, nada. Ya pasó.

—¿O sea que ahora te sentís bien?

—Sí.

—De veras. No me mientas.

—Te juro. Estoy bien, en serio. No te preocupes.

—No mientas por tranquilizarme. No seas gil. Si no te sentís bien, recostate un rato...

—Pero no... Ya me iba a vestir.

—¿Qué apuro tenés?

—Es que estoy bien.

—¿En serio? ¿De veras? —Sacudía la cabeza incrédulo.

—¿Por qué? —preguntó Ferdie al fin—. ¿Parezco mal?

—No tenés buena cara.

—¿En serio? —No se miró al espejo porque estaba seguro de que no iba a ver nada.

—No tenés buen color.

—¿Color? ¿Qué color?

—La tenés blanca de este lado —dijo Julio marcando con el filo de la palma en su propia cara—, roja de aquí para abajo, y amarilla de aquí para arriba.

Si lo tomaba en serio, debía creer que tenía la cara dividida en triángulos como un cuadro abstracto. Se rio forzosamente.

—Te aseguro que me siento bien. —Julio lo recorría con la mirada de la cabeza a los pies. Ferdie soltó una risita un poco más sincera.

—¿De qué te reís?

Con lo poco que lo conocía, ya podía decir que Julio era de esas personas corteses y confiables, mortalmente serias, sin sentido del humor.

—Me acordaba —dijo Ferdie— de lo que te dije hoy al entrar. Que quería llegar a dar miedo a los hombres. No sé cómo ni por qué, pero parece que te di miedo a vos.

—No, yo no tengo miedo.

—Quiero decir: indirectamente. Te asusté con la posibilidad de que me muriera.

—No es para tanto —dijo Julio—. Además, sería un recurso demasiado fácil, ¿no? En formato de cadáveres podemos dar miedo a cualquiera, pero para eso no es necesario hacer gimnasia.

—No, seguro. Al contrario.

—Al contrario —asintió Julio, y dio por cerrado el tema—. Es muy buena tu frase, no creas que no la registré: «Deseo a las mujeres, miedo a los hombres». ¿Se la dijiste a Mary?

—¿Quién es Mary?

—La recepcionista.

—Sí, se la dije. —Un silencio—. No debería, ¿no? Qué estúpido.

—No, no. Se la iba a comentar yo mismo. —Se levantó—. ¿Estás bien?

—Diez. —Manoteó buscando el bolso para sacar el calzoncillo y terminar de una vez, y mientras tanto Julio se marchó.

Ferdie lo habría llamado con un grito ahogado por la angustia no bien hubiera traspuesto el batiente de la puerta. Quizá lo hizo. Sintió subir por el pecho un terror absoluto. Si gritó, Julio no lo oyó; de otro modo habría vuelto corriendo, con lo preocupado que estaba por él; habría creído, naturalmente, que tenía que ver con su estado físico.

Pero no era eso. Lo que pasaba era que su bolso no estaba. Ferdie estaba tan desnudo como cuando había venido al mundo, y el bolso con su ropa no estaba. Ni siquiera la toalla, ni la jabonera, que había sacado para ducharse. Volvió la cabeza para todos lados, y el cuerpo también, y el susto creció hasta hacerse formidable como una novela. No era uno de esos pequeños sobresaltos con irradiación de terror que nacen de alguna distracción momentánea, sino algo mucho mayor; no el esbozo de pesadilla, sino la pesadilla en sí. Porque el bolso no estaba de verdad. El vestuario estaba vacío, él en el medio, desnudo, desnudo en los espejos también, y nada más. Nada en los bancos, ni abajo de ellos, ni en los rincones, ni en el piso, ni un papel tirado... Cuando alcanzaba el colmo del espanto vio su bolso en un casillero

abierto, con la toalla húmeda arriba. Qué estúpido, pensó, asustarse por tan poca cosa. Aun cuando el bolso no hubiera estado, no lo habrían obligado a ir desnudo por la calle hasta su casa. Alguna solución habría encontrado. Por lo demás, era fácil explicarse lo que había pasado: los muchachos que lo habían auxiliado durante su mareo sacaron el bolso del banco para que él pudiera recostarse y para no dejarlo en el piso lo metieron en un casillero abierto. Fue hacia allí pensando: «¡Qué susto me pegué!» No debía de haber pasado mucho tiempo, quizá solo una fracción de segundo, porque la puerta de batientes no terminaba de cerrarse y ya se abría en dirección contraria y volvía a entrar Julio alarmadísimo, casi corriendo.

—¿Qué pasa?

Debía de haber gritado después de todo. Ya ni sabía lo que hacía.

—Nada, perdoná. No veía mi bolso. Seguro que esos muchachos lo metieron aquí cuando me sentí mal.

—¿Pero entonces te desmayaste?

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Cuando estabas solo con ellos aquí.

—Qué me voy a desmayar. Debe de haber sido la presión...

—¿Estuviste consciente todo el tiempo?

—Por supuesto.

—¿Entonces cómo no viste lo que hacían con el bolso?

—No presté atención, eso es todo. Te imaginás que en un momento así...

Entraron dos muchachos vestidos de calle, con enormes bolsos de lona, y cayeron sobre Julio con una andanada de bromas. A Ferdie no le dirigieron la palabra, no parecieron verlo siquiera. Empezaron a cambiarse.

—Voy a quedarme —le dijo Julio—, porque si volvés a desmayarte, con estos putos aquí, seguro que te cogen.

Los otros dos lo festejaron con risas, sin parecer en lo más mínimo ofendidos, cosa que a Ferdie le extrañó porque Julio no había hablado en broma, y si ellos lo conocían tan bien como parecía, sabrían que no tenía sentido del humor. Se vistió en silencio, haciéndose toda clase de preguntas sin respuestas. No entendía cómo podían hacer bromas con ese tema, no solo ahora sino antes también los otros, con esas prendas. Si había algo que podía darle la sensación de hallarse en otro mundo, era eso. Salvo que... podía haber oído mal la frase de Julio. De hecho, estaba casi seguro de haber oído mal. No sería la primera vez.

Julio salió del vestuario con él.

—Ahora tenés mejor cara.

—Empiezan a dolerme los músculos.

—Eso es normal.

Se dieron la mano.

—Hasta mañana.

Otra vez volvía la melancolía que había sentido al fin de la tercera ronda de aparatos, la insatisfacción, como si hubiera quedado algo, o todo, sin hacer. Lo que quizás era comprensible si los aparatos realmente lo ponían en contacto, como había pensado cuando estaba en ellos, con el infinito y la eternidad. Se detuvo en el escritorio de recepción. Mary era todo mieles.

—¿Qué tal, querido? ¿Contento? A ver, dónde está tu recibo... — Buscaba entre los papeles. Ya le había explicado que durante su permanencia en el gimnasio los socios debían dejarle a ella el carnet. El de Ferdie lo mandaría hacer al día siguiente y estaría en una semana; mientras tanto debía usar el recibo de la matrícula.

—Sí, todo muy bien —le respondió, para no tener que hablar más.

—En unos días todo va a andar como la seda, vas a ver.

—¿...?

—No vas a tener tantos inconvenientes como hoy. ¡Es tu primera vez!

—No, no —balbuceó—, ningún problema.

—No les digas a tus padres que tuviste ese bajón, para qué preocuparlos.

—¡Eso no fue nada!

—¡Revolucionaste todo el gimnasio, querido! Podríamos poner un cartel: Hoy estuvo Ferdie.

Eso le levantó un poco el ánimo, inexplicablemente. Sonrió, seductor.

—Habría creído que más revolucionaria fue la entrada de esos dos chinos...

—Eso también —dijo Mary—. Como para darte la bienvenida. Parece como si lo hicieran a propósito, siempre que viene un socio nuevo.

—¿Sí?

—Es horrible. Yo estoy tan cansada. —Era lo más apropiado para decir de una guerra, pero su tono era distraído y un poco frívolo, como el de quien habla de un empleo ingrato. Y quizás hablaba de eso—. Hola querida, ¿vos también te vas?

—Sí —le dijo una chica que salía del vestuario de damas. Y a Ferdie—: Hola.

—Hola.

—¿Vos también te vas?

—Sí —dijo Ferdie.

Siguió una serie de chistes inanes por parte de Mary: Qué poco han entrenado, estos chicos, adónde irán, etcétera.

La chica, pícara:

—Tenemos cosas más importantes que hacer. —Un guiño a Ferdie, que estaba de madera. La chica buscó ella misma su carnet y se fue. Mary, que parecía haber sufrido un ataque de idiotez, siguió revolviendo un rato entre los papeles.

—Aquí está —dijo tendiéndoselo. De inmediato se lo volvió a pedir con un gesto y lo desplegó—: Aquí te anoté una cosita que tenés que pagar. —Ferdie se inclinó a mirar, intrigado porque habían hecho las cuentas antes y él había pagado todo: inscripción, cuota, revisión médica y carnet. Mary le explicó—: Es por el vidrio roto de esos bárbaros. Se divide el costo entre todos los socios presentes en el salón.

Era una cifra considerable.

—¿Tanto? —dijo Ferdie.

—Y no sé si estará actualizado. Hice un cálculo por el último presupuesto que nos pasó el vidriero.

—Pero es un vidrio nada más. ¿Este es el costo total?

—No, está dividido en quince partes iguales, que era la gente que había en ese momento. Es un vidrio carísimo, por el tamaño y el tratamiento especial para la luz, que es lo que produce esos efectos visuales tan curiosos. ¿No lo miraste bien? Andá a ver, si querés.

—¿Pero ya lo reemplazaron?

—¡Qué tonta! Es cierto... Si no lo viste, tendrás que esperar a que pongan el nuevo.

Ferdie vacilaba, con el papel en la mano.

—Es una contribución voluntaria, por supuesto —dijo Mary—. Esto lo decidió Chin Fú hace poco. Es el único modo de poder reparar los destrozos y seguir funcionando. Si no, sería prácticamente imposible, en estas condiciones. Es voluntario, pero hasta ahora todos han pagado. Les resulta divertido, como una lotería: si no estás presente, no pagás. Si te toca, por azar... Ahora, si no querés...

—No, no, está bien. En este momento no tengo...

—¡No importa! ¡No hay ningún apuro! Me pagás mañana, cuando puedas.

Plegó el recibo y se lo echó al bolsillo. Estaba mortalmente malhumorado, y con gusto le habría dicho que no volvería más.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana, querido. Que te vaya bien.

La chica lo estaba esperando en la escalera. Simulaba arreglarse una sandalia, pero bajó con él dándole conversación. Sí, dijo Ferdie, era la primera vez que venía al Chin Fútbol, y la primera que pisaba un gimnasio en su vida.

—¿Antes no tenías tiempo?

No, no era eso. Simplemente no se le había ocurrido.

—¿Se te ocurrió así, de pronto?

—Sí —dijo riéndose—. Es que hay que hacer algo por el cuerpo.

—Algo hay que hacer —asintió ella—. Pero en este momento, con esta guerra que se están haciendo... Es como meterse en la boca del lobo. Yo habría esperado un poco. No veo la urgencia.

Ferdie sí creía ver la urgencia, que estaba en su frasecita famosa. Pero no la repitió por tercera vez. Con dos había sido suficiente. Dio otro motivo, que en ese momento le pareció plausible:

—Pensé que rebajarían la matrícula, para conservar los socios.

—Al contrario. La subieron.

Una risa, que confirmaba que todo era lógico a fin de cuentas, y ya estaban en la calle, en la suntuosa noche de primavera de Flores. Parecía un carnaval, por la cantidad de gente yendo y viniendo. Los autos y colectivos pasaban muy despacio, en pleno embotellamiento, con todas las luces encendidas y parpadeando. Ferdie ya articulaba mentalmente una despedida, cuando ella, dirigiendo a ambos lados una mirada que parecía poder penetrar con naturalidad el fárrago, dijo:

—Gerardo quedó en venir a buscarme. Esperalo un minuto si no estás apurado, ¡tenía tantas ganas de verte! —Ferdie se quedó atónito, sin atinar a irse o quedarse. Ella seguía—: Justamente ayer se estaba acordando. Hace años que no se ven, ¿no?

La situación se había transformado por entero. Hasta la insustancial charla anterior cambiaba retrospectivamente, al revelarse basada en supuestos que él había ignorado. Y algunos puntos todavía quedaban oscuros: esa chica, por ejemplo, ¿lo conocía de antes, o solo conocía al tal Gerardo? Este al menos se hacía pasar por un viejo amigo. Salvo que fuera un mitómano. Pero de todos modos, ¿cómo había sabido que Ferdie iría hoy al gimnasio, si había tomado la decisión esa misma tarde, y no se lo había dicho a nadie?

—¡Qué sorpresa se va a llevar! —concluyó ella.

Y él no conocía a uno ni a otra. En ese momento apareció Gerardo, que debía de haber estado vigilando la salida del Chin Fútbol desde cierta distancia. Besó a su novia y después a Ferdie también, repitiendo que habían estado

hablando de él, qué casualidad, etcétera. Era un amigo de la infancia, de la escuela o de alguna colonia de vacaciones, quién sabe, imposible reconocerlo. Por supuesto, propuso ir a tomar algo. Ferdie miró el reloj: eran las ocho. Los otros dos lo miraban con cierta aprensión, como si fuera importante para ellos que aceptara.

—Vamos —dijo—, pero tendrán que invitarme porque aquí me desplumaron, y hasta quedé debiendo.

Gerardo soltó la risa y le pasó familiarmente un brazo por sobre el hombro echando a andar hacia la esquina.

—Es la primera vez que viene —le informó la chica al novio—, ¿podés creerlo?

—¡Qué increíble casualidad! ¿Pero seguís viviendo en el barrio entonces?

—Sí.

—¿Siempre en la calle Yermal?

—No, nos mudamos a Bonorino.

—¿Vivís con tus viejos?

—Sí.

—¿Todos bien? ¿Y tu hermana? ¿Se casó?

—No. Todos bien. Como siempre.

—Ferdie —le dijo Gerardo a la novia— tiene una hermana melliza.

—¿En serio?

Cruzaron y se metieron en la San José, a esa hora atestada. Se acomodaron en una mesa que se vaciaba, junto a las ventanas. La chica, que se llamaba Valencia, dijo que tenía hambre, como siempre al salir del gimnasio, y pidió *pizza*. Gerardo, un *whisky*. Ferdie, un café.

—¿Así que te decidiste por el Chin Fú? ¿A pesar de la guerra?

—Si se hubiera decidido por el Hokkama, también estaba la guerra como elemento a tener en cuenta —dijo Valencia.

—Pero el Chin Fú está llevando las de perder.

—No estaba del todo convencido de que fuera una guerra de verdad —dijo Ferdie.

El otro lo miró intrigado. El mismo Ferdie no entendía bien lo que había dicho, pero creía saber por qué a veces decía cosas inexplicables. Y por qué había dicho esta. Es que Gerardo, olvidado y todo, le traía algo así como un recuerdo general de su infancia, y junto con el recuerdo la posición un poco dominante que siempre asumían los demás frente a su insignificancia. El dominio era un realismo, una claridad, de la que él era una sombra fluctuante. Desde muy chico Ferdie había comprendido que el único modo de adquirir

sentido en el mundo era ser intrigante y misterioso. Su conciencia se confundía con esa certidumbre, que era su estrategia de vida, lo que le hacía abrir la boca y cerrarla, lo que lo despertaba y dormía. Y no podía quejarse de los resultados. Lo realmente misterioso, más allá de todos sus pequeños misterios tontos, era su necesidad de tener un significado, como si no fuera una persona sino una frase. Podría haberlo maravillado, realmente, la inventiva que desplegaba para satisfacer esta necesidad. Era un mago, siempre ofreciendo algo nuevo e inesperado.

En ese momento se aproximaron unas chicas a pedirle un autógrafo. Lo sorprendente fue que después se lo pidieron a Gerardo también. Ferdie estaba a punto de decir «no, él no tiene nada que ver, es un amigo de infancia», pero por suerte se contuvo. Gerardo firmó con desenvoltura y les dio besos a las chicas, como se los había dado Ferdie, y además les informó:

—Ferdie y yo nos conocemos de chicos, éramos compañeros de escuela.

Las chicas se mostraron maravilladas, y su gesto le reveló a Ferdie, como si hubieran apretado un botón, todo el enigma. Gerardo, ese amiguito olvidado, era también una figura popular en la televisión, y él mismo lo había visto alguna vez, sin reconocerlo por supuesto; solo ahora, en el cruce de los dos desconocimientos, lo reconocía, y por los dos lados. Animaba un programa para niños, con muñecos. Hablaba con los muñecos y tenía toda clase de episodios con ellos.

Cuando las chicas se marcharon, vinieron unos niños, y después unos padres con hijos. A todos les firmaron. Después, como si se hubiera producido un hechizo, se limitaron a mirarlos de lejos.

Retomando la conversación donde la habían dejado, Gerardo le dijo a Valencia:

—El teleteatro le ha sorbido el seso a nuestro Ferdie. ¡Que la guerra no es real!

—A mí nunca se me habría ocurrido —dijo ella.

—Hay cosas —dijo Ferdie— que solo suceden en la realidad.

—Yo ya estoy acostumbrado —dijo su amigo—. No hay coincidencia que me espante.

—A mí tampoco.

—A mí sí —dijo Valencia.

Debía de ser porque no trabajaba en la televisión. Ferdie la miró comer su *pizza*. Era linda, desenvuelta, un poco vulgar, pero por pura seguridad en sí misma, por aristocracia.

—Podrías haberla hecho peor —le dijo Gerardo a Ferdie—. Podrías haber ido al otro gimnasio. Entonces habrías quedado en el otro bando.

—¿En el otro bando de qué?

—De la guerra.

—No creo estar en ningún bando. No es asunto mío.

Valencia le dio la razón:

—Hay gente que está anotada en los dos. Van a hacer sus ejercicios, y no se meten en nada más. Yo misma fui al otro un tiempo, y podría seguir yendo.

Gerardo se mostraba incrédulo:

—Es imposible estar en los dos bandos, porque una guerra siempre es una guerra de lo inconciliable.

Ferdie quiso saber una cosa:

—El otro gimnasio es más de estilo oriental, ¿no? No hacen musculación y esas cosas, tengo entendido.

—Son exactamente lo mismo —dijo Valencia—. El Chin Fútbol es más tradicional, eso es todo. Y en el Hokkama hay más tráfico de drogas.

—Eso puede ser difamación.

—Los dos que atacaron hoy...

—¿Qué? —exclamó Gerardo—. ¿Hoy?

Ferdie le hizo un relato de lo que había pasado. Valencia dijo que había estado en otro piso haciendo yoga y no había visto nada. Pero se lo habían contado. Le habían contado también de la frase de Ferdie, que se ruborizó. Gerardo opinó que estaba muy bien, muy concisa y atractiva.

—¿Quién te la dio?

—Nadie. Se me ocurrió en el momento —mintió Ferdie.

—¿No te la escribió tu guionista? Yo repito exactamente lo que me escriben, nunca pongo nada mío porque no se me ocurriría, ni en sueños.

—¿Nunca? —dijo Ferdie extrañado—. Pero algo hay que improvisar... Siempre hay un momento en que uno se queda sin letra.

—De acuerdo. Pero entonces, yo repito algo que ya he dicho, ¿no me voy a poner a inventar! ¿Vos qué hacés?

—Me quedo callado —confesó Ferdie.

Él no lo sabía, pero ahí estaba el secreto de su éxito, lo que le daba esa atmósfera poética al estúpido teleteatro adolescente en el que participaba.

Enfrente, en la plaza, había una regular multitud rodeando a un faquir. Parecía uno de esos actos muy prolongados, y la brisa traía hasta las ventanas abiertas de la pizzería jirones de sus cantos. Había reunido mucha gente aunque competía con predicadores, vendedores con serpientes, mesas de

truco, dominó, ajedrez, y los grupitos pintorescos de borrachos, tullidos, enanos y prostitutas habitués de la Plaza Flores. De pronto hubo un griterío y una desbandada general. Los tres jóvenes pudieron ver al faquir atacado por media docena de gimnastas provistos de cachiporras en forma de caballitos de mar, que blandían por las colas. Debían de ser de una especie de plástico, que concentraba en un brillo verde fosforescente la luz de los faroles. El faquir tenía en las manos una ballesta cargada y giraba en su lugar amenazándolos con gesto de loco. Eso había producido la dispersión del público, y muy comprensiblemente, pues la flecha tenía la punta de hierro al rojo vivo.

—Un episodio más de la guerra de gimnasios —dijo Gerardo.

—¿Pero ese pobre infeliz qué tiene que ver? —preguntó Valencia. Su novio se encogió de hombros, y terminó su *whisky*.

El combate, si había sido un combate, terminó rápido, y el movimiento en la plaza se renovó como antes. Gerardo pagó y se marcharon. Se despidieron en la esquina. Ferdie, con el bolso al hombro, se encaminó a su casa. Si pensaba en su primera sesión de gimnasia, se sentía deprimido. Había querido hacer algo distinto, y sentía como si no hubiera hecho nada. Suponía que el efecto en su cuerpo se daría de todos modos, a la larga, si él persistía. Pero desde ya podía anticipar que el efecto sería imperceptible en el tiempo. No habría nada visible, ninguna sorpresa, y si no había sorpresa no había nada. Para que hubiera algo, él debería tener el poder de hacerse a sí mismo un buen relato de lo que sucedía, como si todo hubiera pasado ya, tiempo atrás. «Yo era un alfeñique, todos me llevaban por delante, hasta que decidí ir al gimnasio...» Pero él no era un alfeñique, y no sabía hacer el relato. Era como si todo hubiera pasado ya. Se desalentaba antes de empezar a comprender lo que pasaba a su alrededor. Ahí estaba el motivo secreto de su decisión de ir al gimnasio. No había nada más misterioso que los caminos del cuerpo, y a los diecinueve años, ya cesando su crecimiento (y probablemente su carrera de actor), Ferdie quería multiplicar a toda costa lo desconocido.

En el fondo, era razonable. Quería ponerse a tono con su vida adulta, con el amor que seguramente lo esperaba, y un verdadero cuerpo de hombre era lo mejor que podía hacer mientras tanto. No le faltaba la confianza ciega en la gimnasia, condición necesaria para la maniobra.

Anotó mentalmente que debía comprar un candado para el casillero, pero no tenía un centavo en el bolsillo, ni en ninguna parte.

¿Cómo hacer que una ocasión sea una ocasión, sin más? El camino por el que se introducía iba a buscarla muy lejos, mucho más lejos que cualquier otra cosa. Allí la encontraría, sin duda.

Las calles por las que iba a su casa, Rivera Indarte, Falcón, Membrillar, Bonifacio, estaban muy oscuras, aunque bastante concurridas. A esa hora los cirujas revisaban la basura, ocultos en las sombras. Aunque Ferdie, hundido en sus pensamientos, no notaba nada, y hacía de modo automático el trayecto recorrido mil veces, las caras horribles que se alzaban a su paso, con gesto amenazante y temeroso a la vez, de entre las bolsas de plástico maloliente, se grababan en él una tras otra, como pinturas nocturnas. Más que en sus ojos, golpeaban en su propia cara, que era pura luminosidad, puro brillo, aun en las tinieblas. Sintió, sin pensarlo, que no iba a su casa sino que ya estaba en ella, que todo ese espanto que se levantaba de la tierra a contemplarlo era el sueño que lo estaba esperando en su cuarto, en su cama.

En su infancia, como muchos niños de las generaciones recientes, Ferdie había cultivado su mente con secretos tomados aquí y allá, un poco al azar y un poco sistemáticamente también, de los filmes de terror que veía por televisión. Cadáveres, poseídos, vampiros, monstruos, toda la panoplia escalofriante de la locura, eran conservados en silencio, insospechados para todos, en su memoria. Y a la noche, en los lapsos misteriosos del insomnio infantil, cuando no quedaba más que pensar, una trémula combinatoria de esas imágenes era el juego al que se entregaba, y que lo dominaba por entero, en espera de que eso se hiciera realidad. A tal punto que él no era otra cosa que esa sucesión. Su tesoro espiritual, los fragmentos velados, eran el niño. Y cualquier día de estos él sería un hombre. ¿O lo era ya? Parecía haber una condición de realidad, pero no sabía cuál. Una frase de esa chica, Valencia, le volvía sugiriendo algo en ese sentido: «meterse en la boca del lobo». ¿Había hecho algo así?

Ya estaba frente al edificio donde vivía. Abrió la puerta con su llave. Se metió en el ascensor y subió los seis pisos. Los padres ya estaban cenando en la oscuridad, frente al televisor. Pasó detrás de los sillones murmurando un saludo y fue a su cuarto a dejar el bolso. Encendió la luz pero la volvió a apagar de inmediato porque su hermana estaba durmiendo. Compartían el cuarto, que era minúsculo. Todo el departamento era muy chico: una salita, con la kitchenette, el dormitorio de los padres, y el de los mellizos al fondo, con el baño interpuesto; todo en una línea recta. No había pasillo, por lo que los hijos debían pasar por el cuarto de los padres para llegar al suyo. Vivían ahí desde hacía tres años, y a pesar de lo exiguo del espacio era un gran progreso respecto del anterior, el departamento de la calle Yermal, que tenía un solo dormitorio. La compra se había hecho con los ahorros de los dos primeros años de trabajo de Ferdie en la televisión. Después, la crisis, y un

estancamiento que ya parecía definitivo en su carrera, habían hecho impensable una nueva mudanza. El padre no trabajaba; se ocupaba de la casa. La madre, enferma, no salía nunca. Ni siquiera los vecinos del sexto piso la conocían. Vivían, muy ajustados, del sueldo de Ferdie, lo que no significaba ninguna ventaja para él, que por una delicadeza natural jamás habría osado, no digamos exigir ningún privilegio especial por su aporte, sino ni siquiera hacer la menor alusión al tema. Le entregaba el sueldo íntegro al padre, y se arreglaba para sus gastos con los ingresos extra provenientes de alguna publicidad o foto para pósteres o la tapa de alguna revista. Mientras tendía la toalla húmeda en el baño, pensaba que debería pedirle algo al padre para comprar un candado; o mejor, podría pedirle que se lo comprara él. No creía que un candado pequeño pudiera costar mucho. En cuanto a la suma abultada que debía por el vidrio roto, dejaría pasar unos días y esperaría a que se la reclamasen.

Fue a la salita y se sentó en el piso, como lo hacía de niño. Como lo hacía siempre, en realidad. El padre le alcanzó una servilleta, y después un plato de fideos y un tenedor, todo bajo los penumbrosos colores que salían de la pantalla del televisor. Nunca prendían la luz de noche, en un tácito acuerdo por la enfermedad de la madre. Estaban muy acostumbrados a verse bajo esa iluminación. Pidió un vaso de soda, que se bebió de un trago. Dijo que los ejercicios lo habían deshidratado.

—¿Cómo te fue?

—Muy bien.

—Es muy bueno hacer gimnasia —dijo el padre—. Todos deberíamos hacer un poco.

—¡Pero yo no puedo! —gimió su esposa, que agregó de inmediato—: Comé, Ferdie, alimentate, ¿quierés más pan? —Y al marido—: Dale más.

—No. Todavía tengo.

—Unas flexiones podrías hacer —respondió el padre—. Flexiones de cuello aunque más no sea. —Torció la cabeza un par de veces ejemplificando—. ¿Vos hiciste flexiones de cuello?

Ferdie tuvo que pensarlo.

—Creo que... no. No específicamente. Son unos aparatos... —Hizo una explicación lo más gráfica que pudo, extendiendo brazos y piernas allí sentado en el piso, con el plato de fideos sobre los muslos. Terminó diciendo que le dolía todo el cuerpo.

—Eso es normal —dijo el padre—. Hasta que te ablandes.

Después de lo cual siguieron mirando la película hasta que terminó, una hora después. Ferdie comió una manzana y tomó otro vaso de soda. Después levantó los platos, los llevó a la piletta y los lavó. El padre fue tras él y le dijo:

—Dejá eso, yo después lavo.

—Ya termino.

—Andá a acostarte, debés de estar molido.

Ferdie se secó las manos con un repasador y se estiró.

—Me duele todo.

—Lástima que no tengamos una crema calmante. Mañana te voy a comprar una.

—No, no te molestes. A propósito, papá, ¿me podrías comprar un candadito, que necesito para el gabinete del vestuario?

—¿Un candado? ¿Cómo?

—Chico, así —dijo separando el pulgar y el índice tres centímetros—. El más barato que haya.

—¿Llave también?

—¿Y cómo lo voy a abrir si no?

Era típico de su padre, preocuparse por la llave.

—Me voy a dormir.

—Sí, andá, andá —dijo la madre desde el sillón.

Fue a darle un beso.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana, mi ángel.

—Hasta mañana, papá.

—Hasta mañana. No despiertes a tu hermana.

—No. ¿Qué están viendo?

La televisión seguía su curso. La madre hizo un gesto vago. Sufría una enfermedad llamada «lebrosis», que provocaba una suerte de transformación: el labio se hendía, la piel se cubría de un vello lanoso y las orejas crecían en punta hacia arriba. El avance del mal, y de las deformaciones que comportaba, era lentísimo, pero la familia constataba año tras año el alargamiento de las orejas, que ya habían asomado por encima de la cabeza de la pobre señora. Era un monstruo, y con todo el cariño y la piedad que sentían por ella no terminaban de acostumbrarse. Había ocasiones en que Ferdie entraba al departamento pensando en otra cosa, y ella alzaba la vista de su tejido, y él quedaba helado en la impresión de estar en la ilustración de un cuento infantil. La extrañeza un poco surrealista de la enfermedad quedaba

compensada con la realidad del dolor que les causaba, y con el tiempo en que tenían lugar sus lentitudes horribles, que era lo más real de todo.

Después de lavarse los dientes fue a su cuarto y sin prender la luz sacó su cama de abajo de la de su hermana (el cuarto era tan pequeño que no tenía lugar para dos camas colocadas permanentemente, en cuyo caso no podía abrirse la puerta del armario), se desnudó y se metió entre las sábanas. Creía poder dormirse de inmediato por el cansancio, pero el dolor muscular se lo impidió. Daba vueltas y no conciliaba el sueño. Por suerte tenía somníferos. Tomó uno, y al rato otro. Un pesado aturdimiento lo distanció un poco de sus dolores. Empezó a revivir cada uno de los ejercicios que había hecho. En el curso de sus años de trabajo de actor adolescente había desarrollado algunos eficaces trucos mnemotécnicos, que le permitían reconstruir casi cualquier cosa por la que hubiera pasado. Los quince aparatos del circuito isoquinético eran fáciles en ese sentido. De haber tenido alguna duda, los habría recordado a partir de alguna de las partes del cuerpo que le dolían. Una cosa curiosa que notó al revivirlos fue que todos esos ejercicios provocaban un estiramiento distinto del cuerpo; todo era estirar, abrir, dilatar las articulaciones. Como una mariposa. Las drogas debieron de hacer una reacción química con los ácidos del cansancio muscular, y el cerebro también se abrió con un dolor sobrehumano, en una especie de pesadilla de pensamiento que duró indefinidamente.

El tiempo se estiró en una semivigilia. Oyó acostarse a sus padres, los oyó charlar sordamente un rato, tardísimo, y después roncar. Le parecía que sus padres ya no practicaban el sexo desde hacía varios años y era explicable, dadas las circunstancias. Ferdie sabía más o menos todo lo que hay que saber sobre sexo, pero no tenía experiencia todavía. Había una cosa que lo intrigaba. Sabía que las mujeres son muy difíciles de satisfacer sexualmente, que eso solo lo lograban hombres muy especialmente dotados, en grandes acrobacias de fantásticas consecuencias. Entonces, ¿cómo lo había logrado su padre? No ponía en duda de ninguna manera que su padre lo había hecho (de otro modo, él y su hermana no estarían en el mundo) pero al mismo tiempo le parecía imposible, impensable. Para otro habría sido una preocupación menor, él en cambio se hacía un mundo de la cuestión, no había día que no le viniera a la mente por un motivo u otro. Y pensaba que nunca llegaría a ser un hombre hasta que no encontrara una respuesta satisfactoria.

En los días que siguieron, no hubo en el Chin Fú socio más consecuente y aplicado que Ferdie. A partir de las seis de la tarde, más o menos, estaba pegado a los nautilus, con un gesto de concentración indiferente, sin hablar con nadie, la mirada fija en los espejos que había a los dos lados del circuito isoquinético, atento al semáforo que marcaba el ritmo. Su idea era actuar como un autómatas y dejar que la perfección viniera a él insensiblemente, con naturalidad. Pero no era tan fácil. Dos veces por semana se sometía al test de la bicicleta electrónica, y el resultado era siempre nulo. Julio no le daba importancia. Le había explicado que esos números estaban calculados de acuerdo a promedios estadísticos, es decir, a generalidades, a las que por supuesto no podían ajustarse los casos particulares. Aun así, a Ferdie lo desilusionaba que su sistema se negara a producir efectos. Era muy riguroso con la secuencia de los quince aparatos, y en cada sesión les agregaba una pesa. Hasta que llegó a un punto, con siete u ocho pesas (tenían diez), en que se le hizo difícil aumentar más. Se lo comentó a Julio, que le dijo que en la próxima sesión pasaría a los circuitos superiores, en los que se trabajaban registros musculares específicos. Había que evitar, por sobre todas las cosas, el estancamiento.

Uno de los primeros días, a la hora en que Ferdie empezaba la sesión, bajó Valencia del segundo piso. Le dijo que abandonaba el yoga, que la aburría, y haría aparatos por un tiempo. Él comentó que los aparatos no eran demasiado entretenidos tampoco, pero ella dijo riéndose que no importaba, y comenzó a hacer el circuito con él, un aparato o dos atrás. Contra lo que Ferdie había temido, no le daba mucha conversación. Hablaba más con Julio, o con una chica. Pegado a un espejo había un cartel dorado que decía: No Hable, Entrene.

Por entonces empezaron a hacerse reuniones de fisicoculturistas avanzados, que se sacaban los buzos y quedaban con *slips* de lycra y practicaban movimientos y posturas de competición ante el espejo, bajo la dirección de Julio. Lo hacían en un claro entre aparatos, hacia la mitad del salón. Ferdie nunca iba hasta allí, nunca pasaba del primer sector, donde hacía sus rondas; no porque estuviera prohibido ni mucho menos, sino porque no quería distraerse; pensaba que no distrayéndose ponía el tiempo a su favor. El espectáculo de esos sujetos debía de ser muy atractivo para las chicas. La amiga de Valencia, que se llamaba Marta y era pequeña y delgada como una niña, lo comentó con ironía: «Como para no aburrirte con el yoga», le decía a su amiga. Ferdie por su parte los miraba de lejos, entre las varas de los nautilus, de reojo, en los espejos. No sabía realmente por qué. Si hubiera

querido mirarlos, y suponía que valía la pena, no habría tenido más que ir a sentarse frente a ellos y clavarles la vista, como hacían otros. De hecho, decidió hacerlo, ir, como un curioso más, y mirar sus evoluciones. Sería un modo de terminar con ese estado nervioso de mirarlos y no mirarlos a la vez. Pero no lo hizo. Su mundo personal estaba lleno de tabúes de la atención. Con la madre, otra visión digna de registrar en el presente estadio de su mal, le pasaba lo mismo. Los niños pequeños podían mirar las cosas de frente, sin disimulos, podían pararse a mirar a alguien con un defecto físico, a un desconocido, cualquier cosa. Él no, él habría tenido que estar solo en el mundo para poder mirar a su prójimo a gusto. Era casi patológico, tenía que confesárselo. Por ejemplo, no sabía si su padre usaba bigote o no; siempre se prometía mirar disimuladamente, y nunca lo hacía. Recordó con extrañeza que el primer día, cuando sucedió el ataque, la consigna en el gimnasio parecía ser «no prestar atención», hacer como si no pasara nada.

Los fisicoculturistas, según se enteró, se preparaban para una competencia en la que participarían todos los gimnasios de Flores. Su trabajo era mucho más difícil de lo que podía pensarse a primera vista. No era solo cuestión de mostrarse. Había que adoptar posturas, poniendo tensos determinados músculos y, lo más arduo, pasar de una postura a otra. En realidad, todo consistía en llegar con elegancia a las posturas, llegar a la inmovilidad por transiciones canónicas en las que era descalificatoria la menor brusquedad, el menor salto.

Julio los instruía con paciencia de santo, con largas explicaciones que recomenzaba cada vez. Ferdie le preguntó a Marta, que casualmente había venido a quedar en un aparato al lado de él:

—¿Julio también sabe de eso? ¿Es completo, entonces?

—¡Es de lo que más sabe! —respondió ella, sorprendida de su ignorancia—. Ha ganado medallas como fisicoculturista.

—¿Sí? No parece. Quiero decir, no me había dado cuenta.

Julio siempre andaba con un buzo azul de pantalón largo y mangas largas. Lo único que mostraba eran la cara y las manos.

—¿No viste las fotos? —dijo Marta—. Es él.

Ferdie entrecerró los ojos, pensativo. A lo largo de toda una pared del salón había cientos de fotos muy pequeñas, en cuadros con epígrafes, ilustrando cada ejercicio. Las había mirado pero no se le había ocurrido que el modelo fuera Julio.

—Lo que no lo he visto —dijo— es entrenar.

—Ninguno de los instructores entrena aquí —le dijo Marta—. Es una regla que tienen. Pero sí entrenan, y mucho.

—¿Adónde?

La chica se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe. Es posible que Chin Fú les haya puesto una sala especial en alguna parte. Antes —agregó bajando la voz—, todos los instructores del Chin Fú entrenaban en el Hokkama, y todos los del Hokkama en el Chin Fú.

Sonó el semáforo y siguieron con sus ejercicios sin hablar más. Cuando terminó sus tres rondas Ferdie fue a mirar las fotos. En efecto, era Julio, con las piernas y el torso desnudos, pero tan pequeño que parecía visto desde muy lejos, en el fondo de un cristal. Su cuerpo debía de ser admirable, era cierto, el más admirable de todos, pero resultaba irreal en esas vistas diminutas.

Los cuadros con las fotos estaban pegados sobre los espejos de la pared de la derecha, al otro lado de la cual había una sala paralela, vacía, con la pared de enfrente cubierta de espejos también, y el piso de plástico verde. En realidad los espejos sobre los que estaban las fotos no eran todos espejos sino, alternadamente, vidrios que dejaban ver los espejos de la otra sala, con lo que los cuerpos seguían reflejándose de todos modos, salvo que más lejos. Ciertos días de la semana en esa sala se daban clases de gimnasia aeróbica. Las alumnas eran casi todas mujeres, chicas con cuerpos esbeltos de bailarinas, y la profesora también era una mujer, cuyo nombre Ferdie nunca llegó a averiguar.

Pero esta mujer le había producido una impresión. Era alta, delgada, muy atractiva, con una enorme masa de rizos teñidos de un rubio metálico. Usaba mallas de tipo arlequín, cada mitad de un color diferente, y eso, sumado a sus movimientos muy vivaces y su paso rapidísimo cuando entraba como un ciclón al frente de sus alumnas y cruzaba todo el salón para pasar por la terraza a la salita paralela, le daba un aire confuso, asimétrico. Durante su clase, por encima de la música atronadora que usaba, se oía su voz enumerando los ejercicios, y se la veía, en el vaivén de los espejos, asimétrico ya de por sí, haciendo los estiramientos con una perfección sobrehumana. Se llamaba Alida. Ferdie no se había dado cuenta de que le faltaba el brazo derecho.

Había quedado boquiabierto frente a las fotos, en una ensoñación sobre las grandes distancias (la figura repetida de Julio era tan pequeña como si hubiera viajado al fondo de todos los espejos del gimnasio para fijarse allí), cuando los fisicoculturistas, terminado su ensayo, se retiraban, y pasaron a su lado uno tras otro. Pasaron tan cerca que él vio todas las caras, deslizándose a

centímetros de la suya. No apartó la vista, en parte por la sorpresa, en parte porque continuaba su ensoñación. Tardó un poco en reaccionar. Ya habían pasado cuando pudo pensar en lo que había estado mirando. Esas caras... eran hermosas. No había otra palabra. Eran de una inocencia primitiva, una simplicidad como no recordaba haber visto otras. Podía ser casualidad, pero eran los rostros de la especie y de la felicidad. Quizá contribuía el hecho de que todos tenían el pelo corto, muy prolijo, y que eran jóvenes. Pero él también llevaba el pelo bien cortado y era joven, y estaba seguro de no provocar esa impresión.

Aturdido, salió caminando para el lado opuesto del vestuario, es decir, hacia el fondo. Llegó a los vidrios, ya repuestos, que daban a la terraza. Como estaban entreabiertos, y no había nadie cerca, se aventuró a salir.

Ya casi había oscurecido. Era la hora más flotante e incierta. No había una sola nube en el cielo. Las sombras eran transparentes, tan cargado de luz estaba el aire. El fin del día, pensaba Ferdie, era siempre el fin de la vida, aunque pareciera lo contrario. Se quedó suspendido él también, hecho un sople de aire. Era un efecto del fin de la sesión, logrado por la secuencia y alternancia bien pensadas de aparatos: el cuerpo se estiraba en todas sus dimensiones. El piso de la terraza estaba pintado de verde oscuro, y una gran jaula de alambre tejido la cubría por entero. Este alambre era tan fino que no hacía sombra, y desde ciertos puntos no se lo veía siquiera. Al fondo se abría una perspectiva de techos que llegaba al horizonte. Era un lugar pacífico y silencioso, con algo de inquietante.

De pronto Julio estaba a su lado. Había salido siguiéndolo; por algún motivo, en el gimnasio vigilaban discretamente a todos los que salían a la terraza, que por eso, o quién sabe por qué, siempre estaba vacía.

—Hermosa noche —dijo Julio, aunque no era de noche.

Ferdie alzó la vista al edificio de la derecha, que se levantaba sobre ellos como una ciudad vertical.

—Yo vivía ahí cuando era chico —dijo.

—¿Sí?

Ferdie contó los pisos hasta el sexto, y allí los balcones y ventanas, hasta el del centro, que señaló con el dedo.

—Sí. Ahí, en aquel balcón. Ahí me pasaba el día jugando. —El balcón estaba enteramente cerrado con alambre tejido—. Ese protector lo pusieron mis padres para poder dejarnos solos, a mí y a mi hermana.

Era el único balcón del contrafrente de la gran torre que tenía protector.

Giraron un poco para mirar la parte trasera de la escuela. La estructura, mucho más baja que la torre, era más compleja, con pequeñas terrazas interpuestas (la escuela tenía la forma de un castillo normando). Podía verse el interior de algunas aulas.

—Y aquí —dijo Ferdie—, hice la escuela primaria.

Julio asintió, sin decir nada. Después dijo:

—Por la escuela han venido muchas veces los demonios del Hokkama.

—¿Hasta cuándo va a seguir la guerra?

—Eso nadie lo sabe.

Ferdie se quedó pensando que no había logrado hacerle entender a Julio las simples indicaciones topográficas y autobiográficas que le había dado, que por lo demás no tenían mucha sustancia. Más de una vez con distintos interlocutores, por no decir con todos, había quedado con la misma impresión. Cuando quería contar algo muy simple, los otros quedaban como distraídos o pensando en otra cosa, ausentes. Eso bien podía ser una deformación profesional de su parte, o bien algo más amplio, que afectaba a todo el mundo pero solo él lo advertía en razón de su trabajo. Antes, en otra época, había sido posible el relato simple e inmediatamente comprensible. Pero hoy, con la televisión, el mundo estaba colmado de toda clase de historias que se entrelazaban, que quedaban suspendidas en el aire, acumulándose en tan prodigiosa cantidad que ya no valían ni significaban nada, y eran un puro campo de distracción multidimensional.

A poco de empezar descubrió que el gimnasio era también una solución al drama de las historias. No importaba que hubiera una guerra mientras tanto; para él era un armisticio. Cuando entraba al reino encantado de los aparatos, las historias se simplificaban en una «rutina», quedaban fuera de él, no dependían más de él. Lo poco que sabía de la vida le alcanzaba para hacerse una idea de lo incómodo que podía ser el trabajo de vivir produciendo sus propias historias. Porque no se trataba solo de hacer esto o lo otro, sino de «cómo» hacerlo. Todo el tiempo había que estar dando a luz un estilo, una marca personal, en un parto constante. Bajo esta perspectiva, ser un hombre resultaba una condena sin atenuantes. Las historias se envolvían en una demanda costosa y lábil: querían ser buenas historias, y callaban sobre el «cómo», lo dejaban a cargo del interesado. Que cada cual inventara su propia ocupación del tiempo. Un infierno, una cadena perpetua. Y no eran paranoias suyas, podía comprobarlo a cada paso. Vivía rodeado de gente en esa

situación, sin ir más lejos en el canal de televisión. Cuando aplicaba los modos de la televisión a la vida, por ejemplo a su vida familiar, le daba un escalofrío. Inventar episodios en los que él pudiera durar, con elementos como los que tenía a mano (la enfermedad de su madre, el derrotismo de su padre), superaba todo pesimismo. Lo atacaban autómatas hechos para vencerlo, lo aplastaban nubes de dolor pesadas como mundos, respiraba un viento ácido que lo disolvía, y ni siquiera le quedaba el consuelo de decir que sus enemigos habían sido inventados por otro.

El gimnasio era un oasis. Los nautilus, erguidos en su danza inmóvil, eran ideas plantadas por algún poder benévolo. Bastaba con tocarlos uno tras otro, incorporarlos como olvidos numerados, volverse el pensamiento de ellos. El jardín de flores de oro y plata por el que se paseaba la princesa sonámbula. Resultaba muy tranquilizante, lástima que durara tan poco. ¿O no era tan poco? No faltaba nunca, se quedaba dos horas, a veces tres... Mary, la recepcionista, a veces el mismo Julio, lo felicitaban por su constancia. Él se inquietaba un poco al oírlos, temía que un día le dijeran «pero vos... vivís en el gimnasio». Lo que no era cierto, por supuesto.

¿Por qué no iba más gente al gimnasio? Se decía que los gimnasios eran una moda, una locura colectiva, el negocio del momento. Pero el Chin Fú era uno de los más grandes de Buenos Aires y Ferdie, que iba a la hora pico, nunca vio más de diez personas en el gran salón, que siempre parecía desierto. Y aun estos pocos no eran gente de la calle, gente corriente, sino atletas, fisicoculturistas o adolescentes como él. Era intrigante.

Quizá debía preguntarse, al revés, ¿por qué iba la gente al gimnasio? Una vez oyó una conversación en el vestuario, de la que se desprendía que algunos traían la intención, que creían saludable a la vez que ingeniosa, de cambiar un hábito por otro: el cigarrillo por la gimnasia. Él también (se ruborizaba al recordarlo) había venido con un propósito bien definido, y en cierto modo dual como el de los fumadores, pero con una mecánica diferente, no puesta en el tiempo sino saltándose. Eso lo hacía sentir aparte. El cigarrillo estaba emparentado naturalmente con la gimnasia, pues era como esta un método de disminuir el costo (salvo para los pulmones) de la creación de historias. Cada vez que se encendía uno empezaba un pequeño cuento blanco, desprovisto de los terrores del sentido, sin fantasmas, salvo los suaves e inofensivos del humo. Y después otro, y otro, hasta el fin de la vida. Era demasiado fácil. Pero Ferdie nunca había fumado, y lo espantaba la mera idea de contraer el vicio. Para él, el vicio venía después de la virtud, la virtud después del vicio. Se sucedían y reemplazaban, y si dejaban de hacerlo una sola vez ya no se

podría pensar. Lo mismo valía para muchos otros pares, como salud y enfermedad, día y noche, hombre y mujer.

Una de las primeras tardes que iba al gimnasio tuvo una experiencia como para hacer vacilar, por un instante, su pensamiento: se metió en el vestuario de mujeres. Cómo pudo pasarle, fue idiota, aunque explicable, y después se enteró de que a todos les pasaba alguna vez. En realidad adonde se metió fue al vestuario al que había ido la primera vez (y la segunda; este era el tercer día que iba) sin sospechar ni remotamente, porque nadie se lo dijo, que los vestuarios se alternaban. El motivo de esta alternancia era que en un vestuario, el más grande, había sauna, y en el otro baño turco. Ese día el vestuario del sauna era para las mujeres. Ponían unos cartelitos azules con letras rojas en las puertas, *Damas* y *Caballeros*, perfectamente visibles, pero había que mirar, cosa que él no hizo. No bien transpuso la puerta se vio frente a frente con una chica desnuda que iba hacia la ducha. Quedó petrificado. Mil ideas rarísimas le pasaron en un relámpago por la cabeza. En ese instante fugitivo podría haber escrito una novela. Balbuceó algo, y la chica, que ya se había envuelto en una toalla blanca, le preguntaba de mal modo si no había visto el cartel. Y a continuación, entre dientes: ¡boludo! Fue como un muñeco a cuerda a meterse en el otro vestuario, cuya puerta abrió con un temor insólito, ya que no es tan fácil sacarse una idea y ponerse otra como se hacía con la ropa ahí adentro. Tiempo después le pasó lo contrario: estaba secándose, desnudo, y entró una mujer, una principiante como lo había sido él, y lo sorprendió con el pito al aire. Esto último fue un poco incomprensible para él mismo porque esta mujer tenía unos zapatos de taco aguja muy ruidosos, y él los había oído avanzar de lejos, todo el camino desde la recepción, tic tic tic, sin que se le ocurriera en ningún momento que iba a llegar. Pero él la trató con cortesía, sin ninguna palabrota; ella no le pidió disculpas ni cosa por el estilo, más bien pareció enojada.

De cualquier modo, estos accidentes entraban dentro del curso natural de las cosas. A él mismo, o sobre todo a él, y aun a despecho de las ideas rarísimas que se había hecho la primera vez, le resultaban naturales, casi necesarios. Que un hombre y una mujer se vieran desnudos le parecía, en su inocencia y sin mucha reflexión, que siempre debía ser el resultado de un accidente, de una distracción. Y si ese hombre y esa mujer eran reales, de carne y hueso, la visión le parecía que debía ser instantánea, la fracción de segundo en que el accidente era suceso puro —es cierto que para quedar después fijado como foto en la mente—.

Muy distinta fue otra visión que tuvo semanas después, siempre en el gimnasio, cuando ya era un socio experimentado. A mitad del camino que llevaba del salón al vestuario salía un largo pasillo estrecho con varias puertas a un lado, que daban a los cubículos de las camas solares, al consultorio y a dos o tres vagas oficinas desocupadas. Él nunca se metía por ahí, porque el pasillo terminaba en una pared, pero ese día lo hizo, quién sabe por qué. Y por una de las puertas entreabiertas pudo ver fugaz e involuntariamente la escena más asombrosa: un hombre maltratando a una mujer. Parecía un episodio de sadismo, precedido de quién sabe qué historia (no importaba); el último o anteúltimo gesto antes de su visión había sido, dedujo por los gritos apagados, que el hombre abriera la puerta para arrastrarla delante de todo el mundo, amenaza a la que ella había respondido de inmediato con alguna abyección, lo que a su vez potenciaba las violencias, verbales y de hecho, de su amante. Ferdie se corregía: sadomasoquismo. Fue un instante, tan poco que pudo asegurarse de que no lo habían visto, pero para él tuvo toda la realidad un poco inextricable de un mundo. Lo más lógico habría sido pensar que había interpretado mal, que se trataba de una discusión corriente, o inclusive de bromas, bromas algo fuertes nada más, como suele suceder. Pero no hizo ninguna interpretación: eso habría equivalido a traicionar su visión, y se habría sentido miserablemente cobarde en caso de hacerlo. Además, se decía, era algo demasiado insólito, en su tren de ideas, para haberlo soñado. Que un hombre le pegara a una mujer entraba dentro de la combinatoria de las cosas que se podían hacer entre sí las personas, pero que lo hicieran en la realidad nunca se le había ocurrido en serio.

Quedó tan perturbado que no atinó a pensar en otra cosa el resto del día. Se sentía desalentado, como si su nuevo conocimiento lo obligara a empezar todo de nuevo... ¿Pero empezar qué? Eso no lo sabía. Se ponía a pensar... El sexo quizá no era lo que él creía. La vida misma podía ser otra cosa. Su sistema estaba basado en una cortesía, en un modo de comportarse que le parecía razonable. Pero estaba la posibilidad de que esa cortesía se ampliara, exorbitante, infinita, hasta abarcar todas las violencias y vulgaridades, y esa expansión fuera la condición de realidad de lo real.

Quedó como obsesionado un par de días, la gente que veía en la calle le parecía provista de un reverso obscuro. Le resultaba extraño, por poco que lo pensara, que hiciera una clave de la realidad de lo que eran las más locas fantasías (en las que por otra parte nunca se demoraba mucho, avergonzado y deprimido). Era como leer el pensamiento, ¡pero no leía más que el suyo propio!

Aunque no se preguntó nada por el aspecto práctico de la escena, por ejemplo quiénes eran esos dos, a los que no les había visto la cara, ni cómo habían ido a parar ahí, no pudo evitar ver con cierta prevención a sus compañeros de gimnasio. Su idea original («deseo»... «miedo»...), que él no había inventado más que como recurso retórico, se encarnaba, con monstruosidades de anamorfosis, ante sus ojos. Y eso pasaba porque no estaba solo en el mundo. Había otros para recoger sus ideas, en una telepatía vengativa. Lo que no era realidad para él podía serlo para otros. Le leían el pensamiento con el simple recurso de hacerlo realidad. Los mundos no solo estaban separados por la negra noche insondable, sino también por una cercanía inmediata. El mundo era el barrio. A pocas cuadras de su casa empezaba la villa miseria del bajo de Flores, donde sucedían a cada rato escenas como la que había presenciado, pero a la luz del día. Llegó a la amarga conclusión de que había gente que sacaba provecho de que la realidad fuera real. Él nunca lo haría, se lo prometió como si le hiciera un juramento a su madre.

De cualquier modo, era una enseñanza, y así fue como le quedó registrada. Ferdie no había ido en busca de enseñanzas al gimnasio, pero nunca venía mal un poco. De la gimnasia, pensaba, no salían enseñanzas; y sin embargo había salido esta. El cuerpo era antipedagógico, porque tenía más que ver con el mantenimiento de un secreto. La televisión, su actividad profesional, era enseñanza pura, difusa, permanente. En ella el secreto parecía alejarse al infinito. ¿Sería ese secreto lo que había venido a buscar al Chin Fú?

Esa escena, a la que él mismo reconocía que le había dado una importancia excesiva, hacía la caricatura de la virilidad, una de las pocas, si no la única, caricatura de la virilidad que no se permitía la televisión. Ferdie pensaba que, tomándolo todo en cuenta, la virilidad era el secreto por excelencia. Llegar a ser un «hombre de verdad» era una fabulosa travesía, que cruzaba mundos y cielos, infinitos reales, como el último de los secretos de la vida. Y al mismo tiempo, haciéndolo más inasible, la virilidad se manifestaba muy cerca y siempre, simplemente como diferencia con la mujer. Es cierto que si una mujer participaba en la definición, como en el sadomasoquismo, la caricatura se hacía inherente, y entonces sí la televisión tenía algo que decir.

En más de un sentido él no había salido de la infancia, pero cuando veía hombres, por ejemplo los superdesarrollados especímenes del gimnasio, tan absortos en sus cosas de hombres, le parecía que en el fondo ellos también

estaban buscando amor, aunque no lo supieran. O más bien a sabiendas, explícitamente, como las niñas.

En su caso el secreto, que no sospechaba nadie, ni sus mejores amigos ni mucho menos sus admiradoras, era su falta de experiencia. En este punto sus ideas se precisaban, tomaban vuelo, se hacían realmente audaces, llegaban a conformar una teoría del amor. Porque cuando la realidad irrumpiera en su mundo libresco, fantasmal, de representaciones... sería hermoso. Sería la belleza misma tomando cuerpo entre sus manos.

De hecho, ¿qué eran sus fantasías sino eso? ¿Tendría fantasías si no fuera por la realidad, por lo real como promesa y comprobación, como lo que pasaba bajo sus ojos mientras él fantaseaba?

Fue ahí donde creyó poder aplicar la enseñanza de la pequeña escena. Cuando llegara la realidad (y no debía esperar nada del futuro porque la realidad estaba llegando constantemente, en un flujo continuo), él no debería ser realista. La realidad no debería anular las fantasías, como podía esperarse que sucediera en el sexo, o en la escena entrevista, sino que debía incorporarlas, hacerse totalidad. Eso era el amor: la realidad como fantasía superior.

Había hablado con Valencia de ir con Gerardo, los tres, a la competencia de fisicoculturismo, que era una noche de esas en una discoteca al otro lado de las vías, pero por algún motivo se le pasó. A Valencia también. Fue la otra chica, Marta, y después les contó que había sido un fiasco, en parte por exceso de medidas de seguridad, en parte por desorganización o falta de interés en lo que sucedía sobre el escenario. En efecto, la competencia había sido una excusa para hacer una tregua en la guerra y negociar un armisticio. Esas negociaciones se habían llevado a cabo la misma noche, en el primer piso de la discoteca, con la presencia de los dueños de los grandes gimnasios, entre ellos los mismísimos Hokkama y Chin Fú. La asistencia de este último era una rareza sin precedentes, pues todo el mundo sabía que no salía nunca de su gimnasio.

—¿Nunca? —preguntó Ferdie mirando la puerta siempre cerrada de su oficina.

—No sale nunca de su cubículo —dijo Valencia mirando también—. Se pasa el día ahí adentro, mirando la televisión. ¿Vos lo has visto alguna vez?

—Una sola —respondió Ferdie—, el primer día que vine.

El sitio parecía demasiado pequeño para un gigante, aunque podía ser mayor de lo que aparentaba. Nunca había visto el interior de la oficina. Pero

la puerta misma era pequeña, en realidad era una media puerta, muy baja, con la parte superior en arco, como la entrada de una conejera.

Lo cierto es que las negociaciones no dieron fruto, y los combates se reanudaron con más virulencia. Los ataques al gimnasio se sucedían con frecuencia alucinante. Los demonios del Hokkama estaban en todas partes. Estaban y no estaban, esa era su estrategia. Caían por las ventanas, se descolgaban de los techos, como un chaparrón, rompían vidrios, luces, aparatos, creaban una distracción... Llegaron a ejecutar diez ataques en una hora. Se decía que la situación se deterioraba en el gimnasio, que era insostenible, que no resistiría un día más. Y sin embargo la actividad proseguía. De hecho, el grueso de los esfuerzos se concentraba en que la actividad prosiguiera como si nada pasara. Se multiplicaban los carteles firmados por Chin Fú, escritos a mano con grueso marcador negro, pegados en los espejos. El mensaje decía que nadie debía inmiscuirse, que los ataques agonizaban en su propia impotencia, que la defensa estaba asegurada. Cada día se hacían más irreales, más absurdos, y trepaba por ellos un tono de superioridad socarrona casi insultante dadas las circunstancias. Lo típico eran cosas de este estilo: «¿Quiere suicidarse? ¿Quiere terminar con todo de una buena vez? Entre en el juego». Predicaban una abstinencia militante, la abstracción completa de la guerra, como si así fueran a ganarla. Se hacía un poco demasiado obvio que el objetivo era mantener en marcha el negocio, seguir cobrando la cuota. Ferdie no los leía nunca pero estaba enterado de su contenido, tan desmoralizador en el fondo.

A veces simulaba leerlos, para no parecer demasiado indiferente. Pero miraba más allá, cosa fácil de hacer ya que esos dazibaos aparecían siempre pegados en espejos o vidrios. Una vez estaba en trance frente a uno en las puertas ventana que daban al patio interior, cuando irrumpieron dos demonios por ese sitio, provenientes de la escalera caracol del jardín de invierno. Pasaron uno a cada lado de él sin prestarle la menor atención y saltaron sobre los grandes tanques de lata que había en una especie de armario empotrado. Eran tubos del ancho de un hombre gordo, con una cantidad de válvulas, todo revestido con piel de cordero sintética. De ahí emanaba siempre mucho calor, por lo que Ferdie suponía que era el sistema de calentar el agua de las duchas.

Los dos demonios treparon a los aparatos y se pusieron a arrancar la lana hablando todo el tiempo a los gritos. Ferdie, fiel a las instrucciones, miró para otro lado. Lo más elegante, había deducido viendo el comportamiento de sus compañeros, era desplegar una suerte de distracción altiva tanto a los ataques como a la orden de no hacerles caso, un término medio que abarcara las dos

cosas, expresando una impaciencia por las interrupciones a lo que importaba, que era el funcionamiento de los nautilus y el cultivo del cuerpo. Debía ser una actuación, un canon de gestos y expresiones muy precisos que parecieran muy naturales.

A la vez, sabía que no debía ser una actuación, que es lo que nunca sale tan bien como debe, o tan natural como se podría esperar. Debería experimentar esos sentimientos en la realidad, y sólo entonces la actitud sería perfecta. Eso era lo que predicaba Chin Fú en sus carteles. Pero había motivos para sospechar de su sinceridad. Corrían rumores sobre socios atacados, aunque Ferdie nunca había visto ninguno. Y por otro lado, ¿quiénes eran los encargados de repeler los ataques? Se suponía que eran los socios experimentados, los grandes pesistas, o bien los misteriosos «hermanos» del gigante, pero en los carteles no se hacía ninguna mención de ellos, no había referencia explícita a ninguna fuerza de defensa activa. Eso era deliberado, pensaba Ferdie, un modo de sugerir que el Chin Fú era la parte atacada, la víctima de una locura inexplicable. Sea como fuere, nunca faltaban forzudos salidos de la nada que golpeaban y expulsaban a los demonios con una brutalidad notable.

Se retiró unos pasos, no mucho. Los forzudos ya habían acudido, pero no les resultó tan fácil porque los dos demonios del Hokkama se habían incrustado en los rincones superiores de ese receso, entre los tubos metálicos y el techo. Trataban sin éxito de agarrarlos por las piernas, que ellos movían como poseídos, desplazándose por lo alto todo el tiempo. Con sus patadas arrancaron las válvulas y saltaron chorros de agua hirviendo. El contacto con las chapas calientes les empezó a fundir el nylon negro de sus trajes, que se deshacía con tal velocidad que asomaba la piel blanquísima de piernas, brazos, pechos, y no tardaba en ponerse roja.

No había terminado este ataque cuando Ferdie tuvo la ocasión de presenciar otro, el primero que veía con uso de peleles. Al parecer ya habían probado esta modalidad en otros gimnasios, y en este mismo en otros horarios. Eran operaciones relámpago. Los demonios se introducían cargando peleles negros de plástico, tamaño natural, con forma a medias de hombre, a medias de rana, que arrojaban sobre los nautilus. Se quedó lo más quieto que pudo viendo volar esas sombras alrededor. Si una le caía encima iba a ser muy difícil sacársela. El pegamento que rezumaban era tan fuerte que hubo que arrancar los tapizados de los nautilus y cambiarlos.

Cuando salía, ya duchado y perfumado, hubo otro ataque. Lo sorprendieron en la escalera, con gritos brutales. Alcanzó a hacerse a un lado

y se metió en el entrepiso de la galería. Esta vez eran muchos, más de veinte. Se pegó a una pared esperando que pasaran, pero no fue tan rápido. Porque se trabaron peleas en la misma escalera, de pronto llena de gritos y cuerpos que rodaban. Se había cortado la luz en toda la galería. Ferdie caminó por el entrepiso alejándose de la puerta; no estaba seguro, pero le parecía que no había otra escalera. El entrepiso estaba vacío, no tenía locales. En el centro, un gran hueco redondo permitía ver la planta baja, donde se gritaba y combatía también: en la vereda había una guardia permanente de hombres del Chin Fú, que habían sido desbordados, obviamente, pero quizás estaban reaccionando.

Pasada la primera oleada se hizo un relativo silencio, que rasgaban los gritos de los demonios. Al entrepiso llegaba el resplandor de la calle, pero el gimnasio debía de estar en la más completa tiniebla. Se le ocurrió que la *impasse* podía prolongarse horas, y sus padres lo esperaban con la cena.

De pronto hubo un gran susurro, y los gritos de los demonios estallaron por todas partes, antes de comenzar a alejarse, con ese cambio de timbre que tienen las sirenas cuando pasan de largo. Debía de haber salido el gigante a espantarlos. Dejó pasar unos minutos, y bajó. En la calle todavía había corridas. El quiosco del florista estaba volcado; lo había llevado por delante ese vehículo en forma de pato que se usaba para pasear niños por el barrio. Se había hecho un embotellamiento y la gente contemplaba desde la vereda de enfrente. Cruzó y se quedó un rato entre los grupos de curiosos. El cartel luminoso del gimnasio, seis letras de neón rojo de tres metros de alto, estaba apagado. La ventana de la academia de alta costura en el tercer piso estaba abierta, y por allí se descolgaron varias figuras oscuras hacia el balcón del gimnasio. Pero no entraron: fueron despedidos hacia el espacio por una mano colosal que asomó sobre los vidrios dorados del balcón. Era una mano del tamaño de una cama matrimonial, inflada a reventar, en látex color rosa fosforescente como un guante de lavar la vajilla. Sacudió los dedos y los demonios (¿o serían peles?) fueron a quedar colgados de las letras de neón, de los postes de luz y de las rejas de las ventanas del primer piso de la escuela vecina. Un murmullo de admiración se levantó entre los curiosos. Ferdie se acomodó el bolso al hombro y partió rumbo a su casa por Membrillar.

Flores estaba cada vez más oscuro por la noche. En parte porque los plátanos se hacían más frondosos cada primavera, en parte porque no reponían las luces rotas. Algunos sectores quedaban en la más negra tiniebla al ponerse el sol. Eso le daba más peso al crepúsculo, lo hacía más definitivo, sus colores valían el doble, o valían todo. Tenían un valor absoluto, los rosas,

violetas, anaranjados que se posaban en el fondo de las calles del lado de Liniers, o de la pampa infinita, el desierto.

Y con el crepúsculo salía una población extraña, provista de sus propias leyes. Venía de suburbios lejanos, de las villas, de lugares que Ferdie no terminaba de imaginarse del todo y que quizás eran el desierto inimaginable. Eran los cirujas, los cartoneros, que se movilizaban con carritos de madera que arrastraban ellos mismos, siempre con mujeres y niños. Su momento era la caída de la noche, entre la hora en que la gente sacaba la basura y el paso de los camiones que se la llevaban. Abrían todas las bolsas en busca de lo que les servía, las examinaban con mirada precisa en el fin ceniciento de la luz y en las sombras subsiguientes. Y aunque debía de ser una vista precisa y penetrante, era oscura, y Ferdie nunca había visto sus ojos. No podía extrañarle, ya que él era una criatura de la luz, encabalgado en el centelleo electrónico que llevaba su imagen a todas partes.

Aunque pacífica, la invasión tenía un regusto amenazante, porque esos seres traían consigo una clase de necesidad que estaba ausente en las idas y venidas de la gente de Flores. Era como si vinieran a plantear una cuestión de vida o muerte: si no hacemos esto, perecemos. Era lo definitivo; bastaba verlo en sus figuras recortándose en la media luz. Mientras que la necesidad de la gente corriente que llenaba las calles todo el día era de otra especie, más bien combinatoria: si no hacemos esto, hacemos otra cosa, y nadie sabía nunca en definitiva a qué obedecían sus traslados, que quedaban flotando en la historia del barrio como un espectáculo interminable.

Se decía que el Hokkama había reclutado a los cirujas, a todos, de un golpe, para formar un ejército, el más formidable e invencible porque aportaba los efectos absolutos, el blanco y negro de la vida y la muerte. Ferdie no lo creía del todo porque resultaba difícil creer que gente tan preocupada por sobrevivir entrara en un juego tan frívolo como una guerra de gimnasios, pero la idea quedaba ahí, suspendida ella también. Pues si la disponibilidad de alguien desesperado es completa, lo frívolo podía arrastrarlo tanto como lo serio.

Antes de llegar a Falcón sintió que alguien lo venía siguiendo de muy cerca. Resistió la tentación de volverse, pero se puso tenso. En Flores era algo muy común. Había muchos locos paseándose, mucha gente de conductas raras, aunque siempre inofensivos. Seguir a alguien sin motivo era un clásico entre ellos. Cuando era chico le pasaba todo el tiempo, y una vez que la televisión lo hizo famoso tuvo que disminuir a cero la suspicacia.

En la esquina se detuvo, gesto por demás verosímil porque venían autos. Su perseguidor se puso a su altura, mirándolo. Era un joven de su edad, flaco y pálido, de pelo oscuro. Como estaba vestido de negro, Ferdie hizo la conexión automática con los demonios del Hokkama, pero este no tenía capucha, y los ojos le brillaban con una luz suplicante.

—¿Sos Calvino, no?

—Sí.

—Te conozco de la televisión. ¿Vivís cerca?

—Sí, aquí a la vuelta.

—¿Por qué vas al Chin Fú? —Ferdie se encogió de hombros. No habría sabido por dónde empezar si el otro hubiera querido realmente una respuesta —. Estás loco. ¿Viste lo que pasó hoy? Los van a matar a todos, los van a borrar del mapa.

—¿A quiénes? —Le salió un tono agresivo, aunque no era su intención.

—A todos los del Chin Fú.

—¿A los socios también?

—A todos. En la guerra vale todo.

—No creo. Los gimnasios viven de los socios.

El desconocido gesticuló sin hallar las palabras. Por debajo de la sonrisa mantenía un rictus casi angustiada. No parecía muy en sus cabales.

—¿Vos vas al Hokkama? —le preguntó Ferdie.

—Trabajo en el Hokkama. ¿Te parece que voy a tener para la cuota, yo? Lavo los pisos.

Daba por supuesto que se veía a simple vista que era pobre. Cruzaron la calle y siguieron por Membrillar, Ferdie volviéndose hacia él a cada paso para que no pensara que lo despedía ni nada de eso, y con cara de prestar atención a lo que le decía, aunque la mayor parte del discurso se le escapó, por incoherente y sin objeto. Parecía resentido contra los cajetillas que se pasaban el día perdiendo el tiempo en el gimnasio, pero al instante se contradecía, decía que en el Hokkama estaban los mejores fisicoculturistas de Flores:

—En las competencias siempre ganan otros por los jueces vendidos.

—No creo —objetó Ferdie con suavidad.

El desconocido hizo un elogio de la escuela de artes marciales del Hokkama, pero se notaba que no entendía gran cosa del tema. Tenía los hombros caídos, el cuerpo desgarrado, y hablaba sin formar las frases, sin encontrar las palabras, con mucho recurso a exclamaciones y gestos.

—¿Para qué sirve todo? ¿Sabés la plata que tienen?

—¿Quiénes?

—Los dueños de los gimnasios.

—Son grandes empresas —dijo Ferdie, pedantesco a su pesar—. Dan trabajo a mucha gente.

—¿Pero quién trabaja? ¿Quién? Si se pasan el día entrenándose y haciéndose la...

—Yo trabajo.

—Vos trabajás, ya sé, ¿te creés que no te veo en la televisión? Y yo también. ¿O acaso yo no trabajo? Diez horas lavando los pisos, y cuando termino vuelvo a empezar. ¡Por lo que me pagan! ¿Sabés cuánto me pagan?

—...

—¿Sabés cuánto? Decí.

—...

—Decí cuánto.

Era el colmo de lo incoherente. Para lo único que servía esa clase de gente era para tranquilizarlo a uno de que no estaba hablando solo (porque en ese caso la voz de uno taparía la de él). Al fin se respondió a sí mismo: le pagaban el básico. Siguió balbuceando que en el Hokkama todos se drogaban, que vendían drogas al por mayor y al por menor, hacían cinco mil dólares diarios por lo menos, lo mismo que en los demás gimnasios, todos eran iguales, etcétera.

—Aquí vivo —dijo Ferdie sacando las llaves del bolso.

—¿Vivís solo? ¿Sos casado?

—Con mis viejos.

—Ah.

—Bueno... —Le dio la mano, haciendo brillar su famosa sonrisa—. Chau. No te lo tomes tan a pecho.

El joven parecía tener muchas cosas más que decir, pero no sabía cuáles eran. Sonrió él también (no había dejado de hacerlo) y la súplica vaga en sus ojos se acentuó.

Ferdie quedó muy perturbado. No era la primera vez que un joven, varón o mujer, más o menos desequilibrado, lo hacía responsable de algo misterioso y muy personal, por causa de la televisión. Mientras subía en el ascensor le volvió una de las observaciones de su acompañante, de las que en el fárrago le habían pasado inadvertidas: «Si vas al Hokkama, los del Chin Fú dicen que sos puto. Si vas al Chin Fú, los del Hokkama dicen que sos puto».

Ese joven tan inadecuado le hacía pensar, por la negativa, si acaso la función de los gimnasios no sería crear seres perfectos, y que eso no tuviera nada que ver con el cuerpo, o estuviera más allá. Seres capaces de ocultarse...

No se le ocurría otra definición mejor de lo perfecto en la humanidad. Ocultarse y funcionar. ¿Acaso había otra cosa?

Para ocultarse hacía falta una especie de naturaleza.

Estar oculto era una especie de música.

Ese ideal se correspondía con la imagen que tenía Ferdie de los indios de la selva. Y no era una cualidad individual, sino más bien un pasaje colectivo entre todos los indios, una comunicación genética. Todo eso lo tocaba de cerca porque la enfermedad de su madre era justamente genética, y él mismo, igual que su hermana, llevaban en sus lenguajes personales ese mal. Lo tocaba, en cierto modo, por la inversa.

Al día siguiente el gimnasio funcionaba como siempre. Ferdie había adoptado la ficción de que no iba casi nunca, aunque en realidad iba todos los días sin falta. Lo hacía para evitar que le volvieran a cargar a su cuenta los destrozos. No le costaba mucho porque Mary la recepcionista no estaba nunca en su puesto, seguramente por reuniones que mantenía el personal en alguna de las oficinas, o bien por seguridad, ya que la recepción era el sitio más expuesto. Las raras veces que tropezaba con ella se apresuraba a decirle «hace varios días que no vengo» y le preguntaba por las novedades. Ella respondía cualquier vaguedad; se la veía preocupada, ojerosa, distraída.

Valencia le transmitió un rumor que había oído: Chin Fú estaba considerando la posibilidad de cerrar el gimnasio. Sería una catástrofe de magnitud: cien empleados a la calle, entre instructores, personal de bares, de limpieza y administración, y dos mil socios que pasarían a otros gimnasios. Ferdie no pudo creerlo (fue un rechazo automático e irracional), y en efecto, antes de irse ya había un nuevo mensaje del dueño pegado en las paredes, negando el infundio y anunciando diversas ampliaciones.

Sonaba como una bravata. Chin Fú no podía afirmar que la violencia y las sorpresas no le hacían mella. Mucho más lógico habría sido reconocer que el gimnasio se estaba cayendo a pedazos. Al menos se desmoronaba la fachada, lo que tenía su importancia si era cierto que por abajo de la mesa se dedicaban a vender drogas. De eso estaba llena la propaganda bélica, por supuesto atribuida siempre al Hokkama, que devolvía puntualmente las acusaciones.

La propaganda había llegado a la calle, en forma de carteles, artículos pagos en los periódicos barriales, y sobre todo en un mar de volantes que repartían en todas las esquinas de Rivadavia los demonios del Hokkama, que también en esto había tomado la iniciativa. La sorpresa fue que la cámara de comerciantes de Flores se manifestó en unos carteles con los que amaneció un día empapelado el barrio, tomando decidido partido en contra del Chin Fú.

Repetía todas las acusaciones habituales, haciendo hincapié en los aspectos sexo y drogas. Fue uno de los golpes más duros que recibió el gimnasio, y todo el mundo supuso que ya no se repondría. Se había producido en esos días una ola de crímenes horrendos en varias ciudades del interior, todos ellos con el doble membrete de homosexualidad y drogas, y la opinión pública estaba muy sensibilizada.

A Ferdie le extrañó que sus padres no hicieran comentarios al respecto. Estaban bien enterados en general de todo lo que pasaba, la madre encerrada siempre en casa pero pegada al televisor, el padre haciendo las compras por el barrio. No se les escapaba nada. Pero en este caso, ni una palabra. Ferdie se hizo por un instante una idea muy deprimente para explicar este silencio: ellos pensaban que su hijo, condenado como estaba por herencia a una deformación que lo alejaría de cualquier vida normal, tenía derecho a consumir toda clase de drogas, mientras pudiera. Y tener cualquier sexualidad anormal que se le antojara. Era cierto que podían pensarlo, pero nada era más improbable. Debían saber bien que Ferdie no hacía esos cálculos (era constitutivamente incapaz de hacerlos), y además era un razonamiento demasiado pesimista hasta para ellos. Ni siquiera era seguro que hubiera heredado la lebrosis.

Julio, el instructor, se le aparecía como lo contrario de todas las acusaciones que corrían. Era cortés, normal, ecuánime. Si el mundo-gimnasio necesitara siete hombres justos para perdurar, Julio era uno de ellos. Dos por tres lo seguía al vestuario para preguntarle si se sentía bien; eso se le había hecho casi un hábito, y Ferdie se preguntaba por qué.

—¿Te sentís bien?

—Perfecto.

—¿En serio? ¿Por qué dejaste de entrenar tan de golpe? ¿No interrumpiste la serie? Me pareció... ¿En serio te sentís bien? Decime la verdad, no seas gil. Por ahí te bajó la presión.

—¡Estoy bien!

—¿En serio? No seas gil. Decime la verdad.

Su idea parecía ser que Ferdie le ocultaba sus malestares por timidez, por no molestar.

—¿Por qué me preguntás? ¿Qué colores tengo en la cara esta vez? ¿Azul, verde, rojo, blanco?

—Estás un poco blanco... y un poco rojo.

—¿Sí? ¿En triángulos, en franjas, cómo?

—No... —Julio lo miraba con esa atención seria característica de él, buscando la verdad más irrefutable y más evidente. La buscaba sin pasión ni prisa, seguro de que se rendiría de por sí a su mirada. La buscaba como un científico mirando por el microscopio, y no la encontraba—. No... Están más bien mezclados.

—Si son rojo y blanco, la mezcla debe dar rosa.

—Mmm...

—¿Estoy rosado?

—Bueno... sí.

—¿Y no es normal tener la cara de color rosa? —Ferdie colaboraba en el método científico—. ¿Es un rosa muy fuerte?

—No, no es muy fuerte. Es brillante.

Los días habían empezado a alargarse. Cuando Ferdie se iba a duchar estaba claro todavía; en el salón reinaba una intensa luz rosa, el vestuario en cambio estaba inundado de un azul profundo y brillante.

—Hoy tenés la frente blanca.

Como estaban solos, Ferdie se atrevió a tocar el tema:

—¿No pensarás que tomo drogas, no?

—Ya sé que no —dijo Julio, haciendo a un lado el asunto, por absurdo.

Ferdie colgó la toalla a un costado de la ducha y abrió el agua; se puso a manipular las dos canillas buscando la temperatura justa, lo que siempre le llevaba un buen rato.

—¿Es cierto que en el Hokkama se drogan tanto?

—Por supuesto que es cierto —dijo Julio.

—¿Con qué?

—Con heroína.

—¿Y aquí?

—Aquí no.

—¡No me digas!

—Toman estrógenos, pero no es lo mismo. Yo también tomo.

—Son drogas. No se venden en el quiosco. Están prohibidas.

—Son hormonas.

Ferdie, que ya se había metido bajo el agua, se quedó pensando. Sabía lo de las hormonas, porque todos en el gimnasio las tomaban, y había un tráfico muy visible de cápsulas en el bar.

—¿Qué efecto hacen? —preguntó—. Quiero decir, además de los músculos y eso.

—Afectan los sueños —dijo Julio—. Por eso las llaman «la puerta de los sueños». Las hormonas femeninas hacen una especie de guerra con las masculinas, y cuando estás dormido soñas las cosas más increíbles.

—Pero eso les pasará a las mujeres que las toman. Porque estos estrógenos son hormonas masculinas, ¿no?

—Sí. Pero da lo mismo.

Le pareció completamente ilógico. Quiso racionalizarlo.

—¿Será porque todos tenemos un componente del otro sexo?

Julio soltó una risita benévola.

—No digas pavadas, Ferdie.

No insistió, porque sentía que Julio, el hombre justo por excelencia, era de los que jamás creen en esas teorías.

—¿Qué soñas? —preguntó.

—Los sueños más increíbles.

—Sí, pero cuáles.

—No podría contarlos. Ni siquiera los creerías. Además, te olvidás enseguida. Contados, son aburridísimos.

—Lo que no entiendo es que una hormona masculina le haga efecto de guerra *a un hombre*.

—Sin embargo es así. La hormona es hormona y basta.

Ferdie lo único que tomaba eran somníferos, y en buena cantidad. Pero todos en el ambiente de la televisión los tomaban, eran casi obligatorios. Nadie se dormía sin ellos. Y con ellos, era el dormir universal. En su caso era entonces la puerta del sueño, en singular, la que se abría. Y cuando se le iba la mano, por un motivo o por otro, cosa que pasaba casi todas las noches, era el sueño más negro y liso que pudiera imaginarse.

Julio se fue. Cuando volvió, Ferdie ya se estaba secando. El vestuario seguía vacío, y el color azul del aire se había acentuado. La puerta vaivén dio un resoplido; Ferdie dejó de frotarse una pierna con la toalla y alzó la vista. Por los espejos vio a Julio, envarado y serio, con su buzo azul y un papel en la mano. Le pareció distinto de unos minutos antes. No habría sabido decir distinto en qué sentido. Quizá distinto, como si quisiera cambiar de tema.

Y así era. Para empezar, no le preguntó si se sentía bien. Se sentó en uno de los bancos y esperó a que Ferdie saliera de la terraza de las duchas.

—¿Tenés un minuto? —le preguntó.

—Sí.

—¿No estás apurado? ¿En serio?

—No, no.

Julio se tomó su tiempo. Al fin alzó el papel y se lo tendió.

—Tomá. Va a ser mejor que te enteres aquí antes que te lo den en la esquina...

—¿Qué es? —preguntó Ferdie tomándolo.

—El Boletín del Hokkama, un pasquín de propaganda que imprimen.

Ferdie lo miró por ambos lados. Estaba todo cubierto de texto, a cuatro columnas, con varios recuadros.

—Ahí te mencionan —siguió Julio—. Es una boludez, pero va a ser mejor que no lo lean tus viejos. —Hizo una pausa, mientras Ferdie asimilaba la información—. Además...

—¿A mí? ¿Por qué?

—Es lógico, dentro de todo. Se agarran de donde pueden, y ya que sos el único socio famoso del Chin Fú... —Otra pausa—. Pero no es eso solo...

—Qué cretinos. —Había puesto la toalla en un banco y se había sentado encima. Vaciló un momento con el papel en la mano.

—Es ahí —le señaló Julio—. El recuadro a la derecha abajo.

—Mmm. Está bien, después lo leo. —Dobló la hoja y la dejó en el banco a un lado. Ferdie tenía el hábito de no leer nunca delante de otras personas. Era algo que le venía de la infancia. Había sido un niño con problemas en lectoescritura; aprendió tarde, y sin llegar a dominar nunca del todo la lectura de corrido. Las burlas que provocaban su lentitud extrema y sus frecuentes errores lo habían inducido a leer a escondidas, sin testigos, y la costumbre había echado raíces tan profundas en él que evitaba hasta leer mentalmente un cartel en la calle.

Si a Julio le produjo extrañeza su falta de curiosidad, no lo demostró. Pero seguía mirándolo, con cara de preocupación.

—¿Me dijiste que había otra cosa?

Julio se aclaró la garganta, sin necesidad, y Ferdie se preguntó intrigadísimo qué tendría que decirle que se le hacía tan difícil. Era un hombre tan transparente que *a priori* los secretos que podía comunicar debían ser de otros. ¿De Ferdie? No se le ocurría cuál podía ser. O mejor: sí se le ocurría, en bloque, en general. Habría preferido no tener que oírlo.

—¿Te acordás de lo que dijiste el primer día que viniste? ¿Que querías despertar «deseo en las mujeres, miedo en los hombres»? Quizá te sorprendió ver cómo prendía la frase, cómo se hacía popular...

Ferdie puso cara de sorpresa.

—Quiero decir —aclaró Julio—, cómo volvía la frasecita, en los carteles, en los volantes, en todas partes...

—Ah, sí —mintió Ferdie.

—Es increíble cuántas veces se puede transformar una frasecita, cuántas vueltas se le pueden dar. Cuántas variaciones... Hoy se ha vuelto parte del folklore de esta guerra idiota, y los que no saben bien la historia creen que la guerra misma salió de ahí, como una variación más de la frasecita. El Hokkama se apoderó de ella, la invirtió, por supuesto, y a la inversión también la invirtió, por supuesto, por supuesto, mil veces, hasta volverla un arma contra el Chin Fú. Eso no tendría importancia, y de hecho no la tiene, salvo que no se han olvidado de que la inventaste vos. Nadie lo ha olvidado.

Un escalofrío (por supuesto) corrió por la espalda desnuda de Ferdie.

—Pero es... injusto —balbuceó.

—No necesitás decírmelo. Todo es injusto. En sumo grado. Sobre todo...

—Un momento. ¿Fue Chin Fú el que te mandó a decirme esto?

—¿Por qué preguntás?

—No sé. Porque sí. Se me ocurrió de pronto. —Ferdie era de esas personas que nunca saben dar el motivo de sus intereses.

—Todos estamos en el mismo barco, lamentablemente. Son momentos muy difíciles para Chin Fú. Yo ni lo veo. Hace días que no quiere hablar con nadie. —Un silencio—. Pero sí, él está preocupado por vos desde hace tiempo. Y ahora, no podría no estarlo.

Era una frase demasiado difícil para Julio. Ferdie quiso descifrarla a partir del «ahora». Miró el papel que estaba en el banco, a su lado.

—Es por esto, ¿no? ¿Qué dicen?

—Leelo. Para eso te lo di. Tendrías que irte preparando...

—¿Por qué? ¿Hay algo peor? Decímelo directamente.

Julio se quedó callado. Ferdie había tomado el papel, y sin pensarlo mucho se había puesto a leer el recuadro: «*galán culiado, quién diría*. Días atrás una de las caras bonitas de nuestra TV, Ferdie Calvino (¡no se pongan histéricas, chicas, no es para tanto!), cometió la imprudencia de inscribirse en el Chin Fú, famosa academia de señoritas del barrio (casi todas estas señoritas tienen pitito, pero ahí las consuelan de esa desgracia). Doble error del galancete: se metió en el vestuario después de entrenar. Se dio una ducha, pobre angelito higiénico, y al salir del agua le dio un bajón de presión, tan delicado él, y perdió el conocimiento, un par de minutos, así que lo que pasó se lo tuvieron que contar. Cuatro bufas cuatro con espolones de medio metro se lo mandaron por turnos, ¡un dos, un dos! Le dejaron el aro hecho una damajuana de yogur La Serenísima. El chico no será Don Johnson, pero

emboca que es un contento. Ahora le está haciendo juicio a Chin Fú, porque dice que en el canal lo llaman Abigaíl».

Le llevó un buen cuarto de hora leerlo. Se le hacía difícil creer lo que tenía ante los ojos. La vulgaridad era suprema, llegaba a ese punto en que se volvía intimidad. El vocabulario, las expresiones, todo era nuevo para Ferdie. Es cierto que no leía mucho, pero ni en sus suposiciones más descabelladas habría imaginado que se podían escribir cosas así. Pensó que quizás exageraba, quizá no era más que una pieza de humor chabacano relativamente inofensivo, que él agigantaba solo por ser el damnificado.

—Por suerte no me nombran —le dijo a Julio—. Podría ser cualquiera.

Julio se abstuvo de desengañarlo. Pensó que era una distracción curiosa, quizás un mecanismo de defensa, raro en el narcisismo de los actores. En realidad Ferdie, que con el nerviosismo había leído una palabra sí y dos no, se había salteado su nombre.

—Escuchame —le dijo—, hay algo más grave...

—Me voy a ir vistiendo —dijo Ferdie al darse cuenta de que hacía rato que estaba ahí sentado desnudo. Miró alrededor, el vestuario seguía desierto. La luz, ya muy sorda y profunda (realmente la noche tardaba una eternidad en caer en esa época del año), había tomado un tinte sobrenatural de azul. Los espejos estaban cargados de luz azul, lo mismo que la humedad en las baldosas blancas de la terraza de las duchas. La ventanilla en la puerta del sauna resplandecía en un anaranjado oscuro como la visión de un incendio lejano. Se diría que el vidrio estaba fundiéndose...

Pero cuando su mirada llegó a los gabinetes metálicos, soltó un grito. Julio volvió la cabeza sobresaltado. Las puertas estaban todas arrancadas, colgaban al azar, parecían forzadas. Esos gabinetes eran viejos y estaban en mal estado, casi todos tenían la chapa torcida, no cerraban, y a Ferdie le daba trabajo encontrar uno bueno cuando había más de cinco ocupados. Pero ahora parecía tratarse de otra cosa, y cuando vio abierto y vacío el gabinete donde había dejado su ropa sintió una repentina desesperación. Fue hacia él con el grito todavía en los labios, creyendo que se caería redondo en cualquier momento. Julio estaba desconcertado.

—¿Qué pasa?

—Mi ropa... No está...

—¿Seguro que la habías dejado ahí?

Sacudió la puertita colgante; en el aro del cerrojo arrancado estaba todavía su candado.

—¿Entró alguien mientras te duchabas? —dijo Julio.

—Tiene que haber entrado.

—Pero yo no me alejé de la puerta y no vi a nadie.

—¡No me voy a esconder la ropa yo mismo!

Ferdie estaba tan angustiado que debía hacer un esfuerzo para no largarse a llorar. Que le desapareciera su ropa y tuviera que irse a su casa desnudo era una de esas cosas que uno siempre teme, aun sabiendo que nunca pueden pasar. Si ahora pasaba...

Julio se había puesto a buscar. Todos los demás gabinetes estaban abiertos y vacíos, pero eso se explicaba porque Ferdie hoy era el último socio en cambiarse.

—No te preocupes porque de última te presto ropa mía —dijo. Fue hasta el fondo del sector de las duchas y se perdió de vista en el baño. Ferdie abrió el sauna y miró adentro: vacío. Cuando se dio vuelta se vio en los grandes espejos: una figura iluminada por el rojo del sauna, en la penumbra brillante que se adensaba en el espejo, atlética y de proporciones perfectas. Pensó, muy fuera de lugar, que la gimnasia realmente estaba haciendo algo por él. Parecía recortado, como un *collage*. Era como si los beneficios de la gimnasia no pudieran verse sino cuando uno estaba desnudo, pero desnudo de un modo definitivo, como cuando se hace realidad una pesadilla. Desnudo, o vestido de lágrimas. Contuvo el pánico, diciéndose que no debía ser tan infantil. La visión lo ayudó.

Un grito de Julio lo hizo saltar. El instructor venía corriendo como un poseído. Ferdie se volvió hacia el balcón y entendió de pronto. Mejor dicho, no entendió nada, pero supo más o menos de qué se trataba. Pegados al lado de afuera del vidrio de las puertas corredizas había unos enormes globos azules. Estaban pegados por la boca, como ventosas, y en esos círculos adheridos el vidrio se había adelgazado y doblado. Los globos crecían a ojos vistas, debían de tener un diámetro de tres metros, ya se tocaban unos a otros y se bamboleaban amenazadoramente. Seguro que se alimentaban con el aire que chupaban a través del vidrio. La luz azul, tan poética, provenía de ellos, no del cielo. Julio irrumpió por el lado de las duchas gritándole que saliera. Los vidrios ya se habían ondulado todos, y comenzó a oírse un escalofriante ruido de succión. El apuro de Julio se le contagió a Ferdie, pero aun así vaciló un momento, miró por última vez alrededor y atinó a agarrar la toalla. Julio sostenía abierta la puerta vaivén, y los dos salieron corriendo. Oyeron a sus espaldas la explosión de los vidrios, que no cayeron astillados al piso porque debían de haberse fundido, y después un estruendo sordo en el que todo el vestuario, las duchas, los gabinetes, el piso y el techo parecían aspirados y

arrojados al vacío. Siguieron corriendo por los pasillos hasta salir al salón, sintiendo físicamente cómo dejaban atrás un espacio que se contraía.

Por el salón parecía haber pasado un huracán. Todos los nautilus estaban volcados, o patas arriba. Quedaron desorientados un momento. Si no hubiera estado desnudo, Ferdie habría hecho lo más obvio, que era correr hacia la escalera. Pero tal como estaba, debía esperar a que Julio le diera ropa. Lo único que se le ocurrió, mientras recuperaban el aliento, fue ajustarse la toalla a la cintura. Fue una precaución providencial, porque no había terminado de hacerlo cuando se asomó una figura de mujer allá al fondo y les hizo señas. Era Valencia.

Julio fue hacia ella y Ferdie lo siguió.

—¡Un momento! Dame algo que ponerme.

—Imposible —dijo Julio volviendo la cabeza sin detenerse—. Tenía mi bolso en los armarios del pasillo.

¿Y ahora qué hacía? No quiso preguntar y siguió adelante, saltando los aparatos caídos. Debían de haber atacado con alguna especie de luz, porque los cientos de pequeñas fotos pegadas a los espejos habían quedado en blanco.

—Hubo un resplandor —les dijo Valencia cuando llegaron a la terraza—. Por suerte estábamos aquí cerca y pudimos salir. No se veía nada, y cuando se apagó, todo estaba así, como si hubiera pasado un ejército.

Julio miraba hacia el salón que acababa de atravesar, sin decir nada. Al cabo de un instante volvió a entrar y se inclinó sobre uno de los nautilus tirados. Marta, que había estado disimulada en un rincón de la terraza, se acercó. Se la veía muy pequeña y asustada en su malla color plata. Valencia, alta y robusta, parecía más dueña de sí. Miró a Ferdie vestido apenas con la toalla y le preguntó qué había pasado en el vestuario.

—Me robaron la ropa —dijo él encogiéndose de hombros—. Además, me temo que el vestuario ya no existe.

—¿Por qué?

—Lo... reventaron —dijo con voz lúgubre. Pensó que una descripción dramática explicaría mejor su desnudez. De todos modos, era más o menos lo que había pasado.

—¿Y ahora cómo te vas a ir? —le preguntó Marta con una vocecita frágil.

Volvió a encogerse de hombros, involuntariamente, porque no quería dar la impresión de que no le importaba. Muy por el contrario, estaba ansioso por recibir ayuda de donde viniera.

Volvió a salir Julio, que no se había aventurado más allá de los primeros nautilus caídos.

—Este desastre —dijo— parece más asombroso de lo que es en realidad. Simplemente usaron como fuerza destructiva las pesas de cada aparato. Hicieron efecto de catapulta y mandaron por el aire los nautilus. —Acompañó la explicación con unos gestos.

—No veo cómo —dijo Ferdie como si el tema le interesara. A esas alturas, lo único que le importaba era vestirse, con cualquier cosa. Pero, en la irracionalidad que suele acompañar las calamidades, pensaba que mostrándose natural, hablando de los distintos asuntos que surgieran, iba a facilitar la solución. Ese pequeño gesto tonto, que se obstinó en sostener, tuvo gran peso en todo lo que sucedió después.

Julio, que al contrario de él estaba plenamente compenetrado con la materia de conversación (parecía hacerlo a propósito, pero no era así: era sincero), no se hizo rogar para explicarse:

—Pensá que cada aparato tiene ochenta o noventa kilos de pesas. Poniendo nada más al revés la polea, que es una máquina clásica que inventaron los griegos, todo ese peso puede hacer saltar... no digamos un nautilus, ¡a vos mismo montado al nautilus también! Menos mal que a esta hora no había nadie.

Se quedaron callados, los cuatro mirando el desastre. El salón se veía muy grande. Los aparatos, en efecto, debían de haber saltado todos al mismo tiempo; no estaban solamente tumbados sino que habían volado a distancia y habían caído patas arriba en cualquier parte, algunos apilados como chatarra. Sería todo un trabajo volver a ponerlos en su lugar.

—Lo que sí es inexplicable —siguió Julio— es cómo pudieron hacerlo. Es fácil explicar lo que pasó, pero difícil explicar cómo se lo hizo pasar. Siempre es lo mismo.

—¿Y ahora qué hacemos? —dijo Valencia.

—¿Dónde está Chin Fú? —preguntó Marta.

Julio tenía los ojos entrecerrados mirando el otro extremo del salón.

—No veo bien pero me parece que la puerta de su oficina está cerrada. Debe de estar adentro y no se habrá enterado de nada.

—¿Y Mary?

—Había salido, dijo que tenía que comprarse zapatos.

—¿Pero es posible que él haya estado todo el tiempo en su oficina sin oír nada? —dijo Valencia.

—A esta hora mira unos dibujos animados y se emboba de tal forma que podría pasarle un tren encima y no se daría cuenta.

Era algo absolutamente idiota. Ferdie debió de haber hecho sin querer un movimiento de impaciencia porque Julio se volvió hacia él con una sonrisa y le tocó el hombro, en un gesto poco habitual.

—No te preocupes. Enseguida se va a arreglar todo.

—¿Vas a ir a avisarle? —dijo Valencia.

Julio le pidió silencio con la mano y metió medio cuerpo en el salón, escuchando. Pasaron unos segundos. Los cuatro oyeron unos estruendos sordos que venían de lo profundo, quizá de abajo, quizá de arriba. Imposible decir de qué se trataba, pero sonaba amenazante. El páramo de metales apilados que era el salón, cada vez más oscuro, metía miedo; atravesarlo parecía una temeridad.

—Esperemos un momento —dijo Julio—. Esto nunca dura. Total acá no corremos ningún peligro.

Se volvieron todos al mismo tiempo y fue como si vieran la terraza por primera vez. Fue un movimiento que en cierto modo quería decir «Ya que vamos a pasar un rato aquí, saquémosle provecho», lo que a su vez quería decir «Gocemos el instante». Pero eso era justamente lo que no podía hacer Ferdie, aunque lo hubiera querido para no sentirse aguafiestas. Le resultaba imposible: sin ropa se sentía en un trance definitivamente provisional, a la espera. Con él, el instante no tenía otra cosa que hacer más que pasar.

Y sin embargo, ningún instante habría sido tan digno de gozar como ese. El crepúsculo se había demorado más allá de la hora, en las profundidades cristalinas de un cielo increíble de limpieza. La única nube que había era la luna, todavía transparente, blanca como un pensamiento. El sol se había puesto detrás de techos lejanísimos. Una gran rosa carnal se había tendido en forma de cúpula volcada sobre la mitad occidental del espacio. De sus bordes salían hileras de estrellas que eran los puntos más tenues del mundo sobre el fondo de un celeste que también brillaba. La calma que emanaba de ese espectáculo era sobrenatural, como si el universo hubiera usado de una vez toda su violencia y hubiera quedado suspendido en el momento antes de empezar a acumular más. Quizás eso era lo que había pasado. Como bien había dicho Julio, no podía explicarse de dónde habían sacado los demonios la fuerza para crear la conmoción. Y si no podía explicarse, entonces la fuente estaba realmente en el todo. Por ejemplo, podía haber venido del cielo.

Dieron unos pasos en la terraza. ¡Qué calma inmensa! ¡Qué serenidad! ¡Qué silencio! Alzaron la vista. Era inevitable que lo hicieran. El contrafrente de la torre se alzaba sobre ellos, gris y mudo, todas las ventanas cerradas, como si estuviera deshabitado.

—¿Sabían que Ferdie vivió aquí cuando era chico? —les dijo Julio a Valencia y Marta. Señaló el balcón enrejado—. Ahí. Se pasaba los días jugando en ese balcón, él me lo contó. ¿No es cierto, Ferdie?

—Sí. —Los cuatro se habían quedado mirando el balcón, como si esperaran una revelación—. Por supuesto —dijo Ferdie— en aquel entonces no existía el Chin Fútbol, pero yo miraba esta terraza y me imaginaba que estaba jugando aquí... Me habría gustado tener una terraza como esta para jugar y no ese balconcito donde me sentía preso, entre rejas, todo el día. Además de que era minúsculo, lo dividíamos en dos, una mitad para mi hermana, otra para mí, para no pelearnos. Nunca invadíamos la mitad del otro. Trazábamos una raya con tiza en el piso, contando las baldosas, cinco de cada lado. Ella con sus muñecas, yo con mis autitos. Apenas si me quedaba espacio para moverme, era un cuadrado... Y aquí abajo estaba este cuadrado que yo miraba y me parecía inmenso, siempre desierto, siempre vacío. Se me había ocurrido... Qué cosas raras piensan los chicos a veces. Yo había hecho un sistema con mis fantaseos con la terraza, que consistía en igualar la terraza con el balcón, y hacía las equivalencias de los tamaños. Entonces, los autitos con los que jugaba (y yo jugaba de chico exclusivamente con autitos, eran mi locura) tenían que ser verdaderas miniaturas, del tamaño de una uña: si hubiera estado jugando aquí en la terraza habrían sido de un tamaño más razonable, como todos los autitos de juguete. Era muy estricto, muy riguroso, como hay que serlo siempre con los placeres. Tenía decenas de autos de juguete, porque era lo que me regalaban siempre, mis abuelos, mis tíos, todos estaban enterados de mi fanatismo. Lo que no sabían era lo de los tamaños, y los autitos de tres centímetros eran una rareza. Yo los pedía, por supuesto, pero mis parientes creían que lo hacía de modesto, me hice fama de considerado y gentil, y me premiaban regalándome autitos de lujo, enormes y carísimos, que no me servían... Me resultaba incomprensible que no entendieran que mi balcón era muy chico, y que yo necesitaba jugar en esta gran terraza vacía. Transportando las proporciones, los autitos realmente buenos para jugar, grandes, detallados, debían ser pequeñísimos en mi balcón. En toda mi infancia sólo conseguí juntar dos de ese tamaño, uno que había venido como accesorio de una estación de servicio, y otro que traía un camión de transporte de autos. Con esos dos me manejaba. Prefería jugar con ellos nada más, aunque adentro tuviera otros diez mucho mejores, antes que salirme del sistema. Y qué cosa curiosa... ahora empiezo a acordarme de algo... —Se quedó absorto, ligeramente maravillado, casi al punto de llegar a olvidarse de que estaba cubierto apenas con una toalla—. Tengo un recuerdo

vago y confuso... era una fantasía... Cuando me atenía todo un día a las proporciones, y no cedía a la tentación de jugar con uno de mis autitos más grandes... Porque a veces no resistía y sacaba otros. Hay que tener en cuenta que yo estaba siempre solo, me da la impresión de haber pasado años enteros solo en ese balcón, mis padres no me sacaban nunca a la calle porque ya entonces empezaba a golpearlos la desgracia, a mi mamá se le había declarado la enfermedad de la que sufre... O sea, tenía motivos para hacerme ideas raras. Cuando había cumplido las reglas de la miniatura, entonces, al final del día, a esta hora... si yo seguía en el balcón, y por supuesto que seguía... salía a esta terraza un gigante, un hombre enorme que de pie aquí donde estamos, con la cabeza llegaba a mi balcón en el sexto piso... allá... y acercaba la cara al otro lado de las rejas y me hablaba... no recuerdo qué me decía, es decir, qué le hacía decir yo porque era una fantasía, por supuesto... era como si... me felicitara por haber sido fiel, por haber respetado sus leyes... él mismo era la recompensa de la miniatura, el gigante... más bien era la recompensa que me prometía... —Soltó una risa de compromiso—: Todos los chicos quieren ser grandes, pero yo realmente exageraba, ¿no? — Un silencio. No parecía muy realista esperar comentarios a reminiscencias tan extrañas. Algo incómodo, agregó—: Qué casualidad que me haya imaginado un gigante, ¿no? Porque el Chin Fú no existía...

—El gimnasio no —dijo Julio—, pero Chin Fú sí estaba aquí. Quizá no fueron fantasías.

—¿Eh?

—Chin Fú vivió aquí desde que se construyó la galería. De hecho, fue él quien la hizo construir. Empezó en la industria textil, y antes de ser un gimnasio esto era una fábrica de medias y ropa interior.

—La historia es fascinante —dijo Valencia—, pero hay una cosa que no entiendo. Gerardo me dijo que tenés una hermana melliza. ¿Cómo es posible entonces que estuvieras tan solo?

Julio soltó una exclamación:

—¿Tenés una hermana melliza? —Miró el balcón—. Entonces todo coincide. No, seguro que no fue tu imaginación. Hací memoria.

—Una vez se me cayó uno de mis autitos queridos, y el gigante me lo devolvió. Mis padres nunca pudieron entenderlo, y yo menos. Creí que había sido una alucinación.

—Pero habrás oído la leyenda de los Mellizos del Cerebro —dijo Julio.

—No.

—Yo sí —dijo Valencia.

—Yo también —dijo Marta—. Siempre hay una alusión en el Boletín del Hokkama.

—Han usado eso también, en efecto, para bordar patrañas sobre niños devorados. Tratándose de un gigante, habría sido raro que no se les ocurriera. Pero en la leyenda el gigante es benévolo.

—Sí, ya me acuerdo —repitió Valencia.

—Yo no —repitió Ferdie.

Julio:

—Yo siempre había creído que era una fábula. Y lo es, por supuesto, pero de todos modos es asombroso cómo coincide con la realidad. —Le habló a Ferdie con el tono tranquilo que usaba para explicar un ejercicio—. Los Mellizos en esa historia están en su cielo, que es una semiesfera dividida por la mitad, como los dos hemisferios cerebrales. La superficie pequeña en la que están, como en una isla desierta, representa el mundo extenso. Como vos sabrás, si has visto algún programa de ciencia por la televisión, la corteza cerebral es una superficie toda arrugada que si se estirara cubriría todo el mundo, creo. Por ese lado, la fábula se refiere a la vida urbana, el costo del metro cuadrado, la falta de espacio, los niños encerrados en departamentos. Si la miniatura cerebral se proyectara, el espacio sería una libertad sin frenos y la gente se lanzaría a correr en todas direcciones a una velocidad infinita, como liebres. Pero el cuento termina con que Chin Fú se pone de pie, y «se pone el casco», es decir, encaja la cabeza en la semiesfera, y entonces piensa. —Hizo una pausa, y sonrió, gesto raro en él—: Y cuando piensa, cierra la fábrica de medias y funda el gimnasio. Es la moraleja de la fábula, y nada más lógico que Hokkama haya encontrado material para sus burlas. Yo pensaba que era una de esas historias que han nacido de la guerra... Uno termina pensando que la función de la guerra es producir esa clase de invenciones.

Valencia, que parecía impaciente por motivos más concretos, le preguntó a Ferdie:

—¿Qué vas a hacer? No podés salir a la calle así.

Ferdie miró a Julio, que dijo:

—Le ofrecí ropa mía, pero me temo que el sector donde estaba mi armario se derrumbó.

—¿En serio? —Las dos chicas aventuraron una mirada al salón ya muy oscuro—. Esto es el fin del Chin Fú.

Julio se declaró escéptico:

—Siempre decimos lo mismo, y al día siguiente estamos entrenando como si tal cosa. El gimnasio es eterno.

—Lo primero —dijo Valencia— es desenganchar a Chin Fú del televisor. Él dirá qué hacer. Y conseguir algo de ropa para que Ferdie pueda irse, porque es el único que corre peligro.

Ferdie aceptó esto último sin reflexión. Le pareció natural, tan desprotegido se sentía con la toalla a la cintura.

Volvieron a la puerta del salón y escucharon.

—¿Quién va? —dijo Marta.

—Vamos todos —dijo Julio—. No creo que pase nada, y pensándolo bien, estamos en el sitio más peligroso.

En efecto, el grueso de los ataques provenía siempre de la terraza. De modo que se lanzaron a cruzar el salón, los cuatro juntos. Debían pasar sobre los aparatos tirados, lo que no era tan difícil salvo por lo oscuro que se iba poniendo a medida que avanzaban. Menudearon los tropiezos, y las risas que les provocaban a Marta y Valencia aflojaron un poco la tensión. Pasada la mitad, pudieron ver que el pasillo del vestuario de hombres estaba bloqueado. Más que un derrumbe parecía una contracción, como si las paredes se hubieran pegado, aunque con la poca luz era difícil asegurarlo.

Para cuando llegaron al sector de las bicicletas fijas, que por algún milagro estaban intactas y erguidas como orgullosos cisnes cornudos sobre el páramo, las pupilas se les habían dilatado lo suficiente como para ver que la puerta de la oficina de Chin Fú estaba entreabierta, y el interior a oscuras.

—Si la luz está cortada —dijo Julio—, ¿cómo pudimos pensar todo este tiempo que él estaba mirando televisión? ¿Somos idiotas?

Valencia soltó una risita en las sombras.

—Sí, debió de ser eso.

Fueron y abrieron la puerta del todo. La oficina estaba vacía. El televisor apagado, por supuesto, y no había nada más.

—¿No tiene muebles? —preguntó Ferdie.

—No. No cabrían. Se sienta en el suelo.

Era un cuartito muy pequeño, poco más que un armario.

—¿Pero cómo cabe aquí?

—Se... enrosca —dijo Julio—. Y por supuesto queda muy apretado. Lo que yo mismo no entiendo es cómo puede mirar televisión en esas condiciones. Tiene que meter los ojos en la pantalla.

—¿Y ahora? ¿Adónde se fue?

—No... Él no va a ningún lado.

—¡Pero no está!

—La única explicación es que lo hayan secuestrado.

—¿Al gigante?!

—Esto sí es grave —dijo Julio—. Todo el ataque tiene que haber sido una maniobra de distracción. Mientras se derrumbaban los aparatos, lo raptaron.

—¿Pero cómo?

—Es posible que lo hayan miniaturizado. No hay otro modo. ¿No recuerdan haber leído algo sobre eso, en los boletines del Hokkama?

—Sí, pero...

—Leyéndolo ahí parecía retórica de trinchera, por ejemplo lo de meterse al gigante en el bolsillo... Siempre parecen metáforas, hasta que resulta ser literal. Además, con Chin Fú la cuestión de la miniatura siempre estaba latente.

Julio siempre tenía una explicación a mano. Ferdie pensó en sus autitos.

Pero ya no era hora de explicaciones.

—Creo que tenemos que irnos, y ya. Si se marcharon, fue para llevárselo. Una vez que lo tengan seguro en alguna parte van a volver, para cambiar de signo todo esto.

—Hay que buscarle ropa a Ferdie —dijo Valencia.

—No, no hay tiempo.

—¿Cómo que no hay tiempo? —exclamó Ferdie—. ¡No voy a salir a la calle así!

—Es que no hay nada, vos mismo lo ves.

—Quizás abajo, en la galería...

—Eso estaba pensando, pero...

Julio fue rápidamente a la escalera. De abajo subía un vago tumulto. Volvió de prisa y habló en voz baja:

—Volvamos a la terraza. Tendremos que salir por los techos. Han dejado una guardia, y están haciendo maniobras.

Sin esperar se largó a cruzar otra vez el salón. Ferdie empezaba a pensar que prefería la muerte... Valencia corrió al vestuario de mujeres y volvió con su bolso. Un minuto después estaban otra vez en la terraza, sobre la que ya se había hecho de noche.

—Yo no voy a ninguna parte —dijo Ferdie con decisión. O más bien, con lo que quería hacer pasar por decisión. En su estado no podía decidir nada, pero creía poder simularlo. Parte de este simulacro era hacer planes ingeniosos—. Escuchen, se me ocurre una idea. Ustedes salen, y si alguno me hace el favor va a mi casa y me trae una muda de ropa. Yo me quedo aquí escondido.

Julio no parecía convencido. Ferdie se dio cuenta de que no era una buena idea. Aun así, no esperaba la reacción de Valencia:

—¿Estás loco? ¿Estás *loco*? ¿Te volviste loco de golpe? —El sonido de su propia voz la aceleró hasta un nivel de positiva histeria, como si al hablar de alguien que se volvía loco uno debiera volverse loco. Ya estaba gritando—: ¿Justamente vos? ¿Vos? ¿En la boca del lobo?

—Shh —le dijo Ferdie molestísimo—. Julio, decile que se calle.

—¿Que me calle? ¡¿Que me calle, yo?!

—Valencia, tranquilizate.

—¿Pero oíste lo que dijo?

—Ferdie, Valencia tiene razón. Puede ser una trampa.

—¡Es!

Valencia y Marta lo miraban fijo con una expresión que se habría podido confundir con el espanto. Ferdie sintió el espanto por su cuenta, pero sin saber bien a qué obedecía. Sospechaba que tenía algo que ver con el pequeño artículo malévolo que había leído un rato antes, y no le daban ganas de preguntar. Pero estaba tan nervioso que preguntó de todos modos:

—¿Por qué? ¿Qué pasa conmigo?

No bien lo hubo dicho sintió como si hubiera puesto un pie, un pie descalzo que soportaba todo el peso de su cuerpo desnudo, en el vacío.

—¿Pero no te dijo Julio? —preguntó Valencia—. ¿No le dijiste? Yo a partir de ahora me tomaría muy en serio todo lo que escriben.

De modo que se trataba de ese escrito. Quiso mostrarse desenvuelto:

—Qué me importa lo que digan. Es falso. Estoy acostumbrado a la calumnia.

Valencia abrió los ojos como dos huevos fritos.

—¿De qué estás hablando? —Se volvió a Julio, electrizada como una harpía—: ¿No le dijiste? Fuiste al vestuario a advertirle... Nos aseguraste que... ¡¡No me digas que no le dijiste nada!!

—¡Sí que le dije, ufa! —exclamó Julio dejando resquebrajar por un instante su perfecta calma—. Bueno... No del todo. Hubo estas interrupciones.

Ferdie recordó que, en efecto, había parecido quedar algo por decir. Lo que ocurrió después habría podido hacerle creer que los hechos reemplazaban a las palabras, pero quizá no era así. Habían ido al fondo de la terraza y se sentaron en unas reposeras amarillas. Él se cuidó de meterse el faldón de la toalla entre las piernas, para no dar un espectáculo sin querer.

—No puedo aceptar que a estas alturas —dijo Valencia, siempre exaltada— queden informaciones sin dar, como si las estuviéramos ahorrando por motivos estéticos, ¡como si esto fuera un teleteatro lleno de malentendidos! Me pone fuera de mí. No pienso moverme hasta que Ferdie esté enterado de *todo*, y nos diga qué piensa hacer.

—¿Por qué tanto interés? —dijo Julio—. ¿Sos la novia?

Valencia se puso de pie, furiosa.

—Cortá ese alambre tejido y decinos por dónde saltar. Marta y yo nos vamos. Arréglense ustedes. ¿Estás diciendo que soy una entrometida, que todo esto no es asunto mío? Muy bien, tenés razón.

—Sentate —le dijo Marta, que estaba mucho más calmada—. No vas a ganar nada con una escena. Que hable Ferdie.

—¡Pero soy justamente yo el que no tiene nada que decir!

—¿Sabés lo del cerebro, si o no?

—¿El cerebro...? ¿Qué cerebro?

—El tuyo —dijeron a coro Marta y Valencia.

Ferdie tragó saliva.

—No.

Julio suspiró y dijo:

—Te estaba diciendo, cuando nos interrumpieron —subrayó esta palabra, como si la culpable hubiera sido Valencia—, que tu frasecita había recorrido un largo camino. ¿Te acordás de que te lo dije? Bueno, en el último boletín del Hokkama hablaban de tu cerebro como el origen de la frasecita, lo que es cierto, y de ahí deducen que en tu cerebro está el resultado de la guerra, lo que es un disparate. La conclusión que sacan, para hacerla corta, es que se apoderarán de tu cerebro para ganar la guerra. Lo pondrán a disposición de sus socios como un nautilus más.

Ferdie se había quedado con la boca abierta. Esperaba algo más, pero Julio se calló, como si lo hubiera dicho todo. Los tres lo miraban. Ferdie se prometió: «No voy a decir nada». Al fin Julio agregó:

—En realidad, lo que dicen es que ya lo hicieron, que ya tienen tu cerebro en una pecera en el Hokkama. Pero eso es típico de la literatura de combate: dar por libradas las batallas futuras. Así que se lo puede considerar una amenaza.

—Una amenaza *muy* seria —dijo Valencia.

—Una amenaza —dijo Ferdie con bastante frialdad— es algo que se puede tomar en serio. Y es obvio que esto no puedo tomarlo en serio. O sea que no es siquiera una amenaza.

Valencia ya abría la boca para responder con vehemencia, pero Julio se le adelantó, sereno y didáctico como siempre.

—Ya no sabemos qué debemos pensar. Si Chin Fú estuviera en su oficina, *no* lo tomaríamos en serio. ¿Pero ahora? Hay un punto en que las palabras se vuelven realidad. También hablaban de Chin Fú como de un gigante en miniatura, y ya ves, ¡se lo llevaron en un bolsillo!

Intervino Marta, que hasta ahora había hablado muy poco:

—Hay un cuento famoso, en el que el protagonista ve un monstruo de dimensiones colosales bajando por la ladera de una montaña frente a su casa, y resulta ser una arañita colgada de un hilo, muy cerca de su ojo... Quizá con Chin Fú pasó algo parecido.

—No entiendo —dijo Valencia.

—Quiero decir que Chin Fú...

—No, lo que no entiendo es ese cuento famoso.

—Es un hombre sentado en la puerta de su casa frente a una montaña, y de pronto ve en la montaña un monstruo del tamaño de un dinosaurio. Se queda paralizado de espanto un rato hasta que se da cuenta de que es un insecto que tiene a centímetros de su cara... No sé si me explico.

—Yo lo entendí perfectamente la primera vez —dijo Julio—. Además, me parece que ya conocía el argumento.

—Es refamoso.

—Sí, sí, ya entiendo —dijo Valencia impaciente—. Yo también lo había entendido la primera vez que lo dijiste, pero es tan idiota que creía que no entendía.

—¿Querés decir —le preguntó Julio a Marta— que Chin Fú podría haber sido una miniatura que nosotros, por tenerla tan cerca del ojo, tomábamos por un gigante?

—Bueno... no.

—¡Por supuesto que no! Nosotros sabemos que es un gigante de verdad.

—Pero es lo que pueden haber dicho los del Hokkama.

—¡Exactamente! Y eso demuestra que vos estás empezando a pensar como ellos.

—No, no —se defendió sin energía Marta, que había quedado pensativa.

—Sí, estás pensando como ellos. Todos estamos pensando como ellos, y por eso están ganando la guerra. Por eso hay guerra. Estamos empezando a creer —dijo con acento ominoso— que todo está en el cerebro.

Con lo cual volvían a Ferdie. Volvieron a mirarlo, y él alzó los ojos al cielo, en un gesto que pretendía decir ¡qué locura!, pero se quedó mirando.

Había una inmensidad de estrellas. Más que el cielo, era el universo. Ahí estaba la grandeza, pero también, de algún modo, estaba su cerebro.

Julio se había puesto de pie:

—Bueno, ahora que Ferdie está informado, ¿qué les parece si nos vamos?

—Entonces, ¿no hay nada que hacerle? ¿Tendré que irme a mi casa en toalla?

—Podemos tocar timbre en cualquier parte y pedir un pantalón prestado. A vos no van a negártelo.

—¿Por qué *a mí*? —preguntó de inmediato, sensibilizado como estaba.

—Sos famoso, ¿no? Todo el mundo te conoce.

—Ah. —Eso también tenía algo que ver con el cerebro. De todos modos, no le parecía que fuera tan fácil.

Mientras Julio se ocupaba de desenganchar la parte inferior del alambre tejido, Valencia se dirigió a Ferdie:

—No te ofendas, pero creo que puedo ayudar. —Abrió el bolso y sacó algo. Ferdie no podía creer en su buena suerte. Pensó que todos sus problemas habían desaparecido. Por primera vez se le hizo presente lo que había perdido: su ropa, sus zapatillas carísimas, su reloj. Se propuso hacerle un planteo a Mary al día siguiente: deberían resarcirlo por su pérdida. De hecho, era una catástrofe bastante irreparable, porque no podría reunir la plata para comprarse otras zapatillas buenas ni en un año.

Estas ideas deprimentes, que habían sido, en su demora, bastante instantáneas, se desvanecieron como el humo cuando Valencia terminó de desplegar la prenda que le ofrecía: un vestido jumper. Le subió una negativa a los labios, pero la reprimió. Julio se había acercado, y de pronto los cuatro estaban hablando en susurros:

—¡Ponéte! Nadie se va a fijar. Con lo oscuro que está...

—Es un minuto nada más —decía Marta—. Hasta que llegues a tu casa. Es menos escandaloso que andar desnudo.

Se reían:

—No se lo vamos a contar a nadie, Ferdie.

—Es un Calvin Klein legítimo —le aseguró Valencia, como si eso importara—. Mi único temor es que no te entre.

En un instante lo tenía puesto. Le iba bien y por el momento no parecía femenino, era ropa nada más. El bolso produjo un calzado también: ojotas, lamentablemente rosas. Se las calzó. Por suerte Valencia era una chica corpulenta. De abajo de la falda se sacó la toalla. La dobló en ocho y se la dio a Valencia, que la metió en el bolso. Ya estaban listos. Fueron al boquete en

el alambre tejido que había hecho Julio y se descolgaron a un techo vecino dos metros más abajo. De ahí siguieron por el canto de una pared hasta la servicial escalera de hierro de un tanque de agua (daba la impresión de que Julio, que los guiaba, ya había hecho este camino en otra ocasión) por la que bajaron al patio de un departamento de planta baja. Saltaron una pared ayudándose unos a otros, y estaban en el pretencioso parque del edificio vecino, con piscina y palmeras. Hasta aquí todo había estado oscuro y vacío, y el garaje no fue una excepción. Lo atravesaron hasta el portón. Con el encendedor que Valencia sacó del bolso (era fumadora) encontraron el botón, y la gran puerta de aluminio se balanceó como una ola y comenzó a levantarse. La calle, que era la calle Yerbal, se presentó ante ellos en una visión en cinemascopé.

Era como si les pusieran delante la noche, la noche verdadera. Como si los pusieran a ellos en una pantalla, y la pantalla fuera la realidad, en su forma «noche». Ahí no tenían sino que desplazarse en todas direcciones, y en cualquier punto serían las figuras de la oscuridad, como lo eran las estrellas. Lo serían aun huyendo.

La noche en Flores tiene una cualidad única, que la hace incomparable con todas las otras noches del mundo. No es una cualidad que pueda definirse en palabras, por supuesto: hay que experimentarla, y no poco tiempo. Ferdie había vivido siempre en Flores, y no lo había hecho, ni siquiera transitoriamente, en otro lado. Dadas las condiciones muy austeras de su vida, no conocía otra noche que la de su barrio. De modo que bien podía creer, y creía, que la noche era así, en general. Lo indefinible era su paisaje natural.

Pero esta vez, no bien hubo dado un par de pasos por la vereda, a la zaga de sus amigos, percibió que algo había cambiado. Todo había cambiado. Eso también era indefinible, pero solo en un primer momento, que era el que contaba. No había tránsito, no había gente, la calle Yerbal estaba oscura como si se hubiera producido un gran apagón. La luna estaba muy blanca y había un poco, muy poco, de viento. Una sombra se movía en un montón de basura. Estalló en un grito de karateca y las bolsas saltaron en todas direcciones. Los cuatro fugitivos se inmovilizaron en un zaguán. Una figura tenebrosa, y después varias más, pasaron corriendo junto a ellos.

—¿Qué fue eso? —susurraron.

—¡Vámonos de aquí!

¿Pero por dónde irse? Todo parecía igual. En la esquina había autos volcados, toda una hilera, con las ruedas al aire. Al lado de donde habían quedado había un animal echado. Era una perra, y estaba pariendo. No podía

imaginarse nada más incoherente. Era como si hubieran puesto ahí un jarrón con dalias.

—No creo que podamos cruzar Rivadavia —dijo Julio—. Nos convendría ir al otro lado de las vías...

—Pero mi casa está cruzando Rivadavia —dijo Ferdie.

—Quizá dando un rodeo...

—Voy hasta la esquina a mirar —dijo Marta.

—No, sigamos juntos.

Fueron los cuatro hacia la esquina. La calle Caracas era una boca de lobo, y en Rivadavia estaba cortado el tránsito y se veía correr gente. Valencia señaló un cartel que había pegado a un poste.

—Miren esto. —Se acercaron, pero entre la falta de luz y lo precario del cartel, una fotocopia de un dibujo y palabras escritas a mano, tuvieron que esperar a que ella les dijera de qué se trataba—: Es mi novio, Gerardo, que está actuando con sus muñecos en El Granero, aquí a la vuelta.

En efecto, El Granero era un bar que estaba a cien metros, en la calle Gavilán. Ferdie lo conocía, aunque no había ido nunca porque pensaba que debía de ser carísimo. Lo que no sabía era que Gerardo hacía presentaciones en vivo con los muñecos. Se había hecho la idea de que su número funcionaba mediante efectos especiales de cámara. Por otro lado, en la televisión era un programa infantil; para hacerlo de noche en uno de esos bares dudosos, debía de tener un segundo guión, para adultos, seguramente procaz.

—¿Pero actúa hoy? —preguntó Julio.

—Aquí dice. Hoy es viernes, ¿no? Además, ahora me acuerdo de que habíamos quedado en encontrarnos a cenar.

—Pero yo no puedo ir vestido así —dijo Ferdie estirando con el índice y el pulgar de las dos manos el vuelo de la falda. No se le ocurría sitio más inadecuado que ese bar de motociclistas para ir como estaba.

—Él te puede llevar a tu casa en su auto —dijo Valencia.

Ferdie no dijo nada. La mera idea de que Gerardo hubiera podido comprarse un auto mientras él a duras penas sobrevivía bastó para dejarlo mudo de amargura. Claro que Gerardo no tenía una madre enferma a la que pagarle un oneroso tratamiento.

De modo que cruzaron la calle y siguieron por Yerbal con Valencia adelante, muy decidida y alegre, como si todos sus problemas hubieran terminado. Cerrando la marcha iba Ferdie, cabizbajo. Marta se retrasó hasta quedar a su lado y le dijo:

—Yo también estoy disfrazada con esta malla.

La miró, de reojo. En efecto, su malla plateada lucía muy fuera de lugar en la calle.

—¿Por qué no sacaste tu bolso, como Valencia?

—Me olvidé, estaba demasiado nerviosa. No importa, porque está bajo llave.

—¡El mío también estaba bajo llave!

—Bueno, tu caso es distinto. Pero no desesperes de encontrar tu ropa mañana. Lo más probable es que la hayan escondido por ahí, ¿para qué se la iban a llevar?

—¡Mañana...! —dijo Ferdie con una risita sardónica. Marta lo miró, súbitamente alarmada.

—Sí, mañana. ¿Vas a ir mañana, no? ¿No pensarás largar?

—No sé, no sé.

—¡No, Ferdie, ni se te ocurra! Si abandonás ahora, después te va a costar muchísimo recuperar la forma. —Había bajado el tono para que no la oyera Julio, como si la vacilación de Ferdie fuera algo ilegal—. La gimnasia es milagrosa para el cuerpo, pero hay que ser muy constante, no dejarse llevar por impulsos derrotistas. A vos te ha transformado por completo en el poco tiempo que llevás de entrenarte.

—¿Sí? Bueno, hoy justamente lo estaba notando...

—Has mejorado un ciento por ciento. Sería una boludez largar en este momento.

Era la primera vez que Ferdie hablaba con alguien de los resultados de la gimnasia, y le resultaba muy reconfortante. Habría querido preguntarle dónde se notaba la mejora, en los hombros, en los bíceps, en el tórax, pero le dio vergüenza hacerlo directamente. Y mientras pensaba un buen enfoque ya habían llegado a la esquina.

Esos cien metros habían estado vacíos y oscuros. Al llegar a Gavilán, el panorama cambiaba por completo. Seguía habiendo autos volcados, y corte de luz, pero a veinte metros en dirección de Rivadavia, frente a El Granero, había una multitud de motociclistas, mucho movimiento, ruido de aceleradas, y del bar salía música y una fuerte luz roja. Más allá, otra vez el vacío oscuro. Se quedaron inmóviles deliberando, hasta que Valencia tomó la iniciativa:

—Ustedes crucen y espérenme allí, donde está más oscuro. Yo entro a buscar a Gerardo.

Se fue sin más, y ellos cruzaron. En efecto, en la vereda de enfrente estaba oscurísimo, y tenían una buena vista. Ferdie se sintió como encapsulado en las sombras, en un palco al fondo de un teatro. Lo distrajo y encantó la

perfecta nitidez con que veía la escena de enfrente. Siempre había pensado que sus ojos eran su mejor capital, y ahora lo recordó. Con buena vista (y él a veces pensaba que la tenía demasiado buena) todo podía hacerse lejano y diminuto, cristalino y hermoso. En este caso, la nitidez podía deberse a la diferencia de iluminación, porque El Granero era una verdadera llama.

En el primer plano, en la vereda, estaban los motociclistas y sus chicas, con largas melenas, cuero negro con tachas de plata y mucha, muchísima animación, casi demasiada. Se hablaba a los gritos, la mayoría de los motores estaban encendidos, y había aceleradas totalmente gratuitas que rasgaban la noche de arriba abajo. Todos parecían muy contentos, muy excitados. Ahí nadie debía de pasar de los veinte años. Se le ocurrió que debía de tener frente a él un muestrario de verdaderas bellezas de ambos sexos. Respecto de los varones, siempre le resultaba difícil juzgar. Había hombres de los que emanaba cierta belleza que no emanaba de otros, pero era imposible decir de qué elementos de ellos lo hacía. Había cuerpos mejor contruidos que otros, rostros de rasgos más regulares, pero lo que importaba era el efecto general. Y eso era lo que se le escapaba. Para producir un efecto había que ser una causa, y se diría que para serlo era preciso ser un dios, no un hombre. Se dio cuenta de que era eso en realidad lo que había querido preguntarle a Marta cuando ella le elogió la figura: ¿soy un dios? Salvo que era una pregunta imposible, tan imposible como la afirmación opuesta y complementaria: soy un puto. De modo que todo se reducía a callar y mirar. Lo triste era que así se podía pasar la vida, como se pasa una hora o un día.

Las ventanas del bar estaban abiertas. Adentro había dos centenares de mesas, ocupadas a reventar por jóvenes tomando cerveza. La barra larguísima a un costado también estaba atestada en doble o triple fila. Todos movían los labios, pero no parecía que pudieran oírse bien, por el nivel de la música. El salón, dividido en desniveles, tenía unos treinta metros de largo. Al fondo había una tarima, y sobre ella habían levantado una especie de teatrillo de títeres, con el telón abierto.

La escenografía representaba un gimnasio vacío. Con aparatos primorosamente reproducidos en pequeño, una verdadera artesanía que había respetado los detalles, por ejemplo pesas, poleas, tapizados. A pesar de la distancia Ferdie lo veía con la mayor claridad, como si tuviera un prolongador óptico; pero no era solo por agudeza visual sino porque esa diminuta escena estaba muy iluminada con luz blanca, como en los gimnasios de verdad, en contraste con la luz roja del bar. El hueco del escenario parecía más hondo de lo que era, porque terminaba en un cartón pintado al modo hiperrealista, con

aparatos que se confundían con las miniaturas reales, y hacía una larga perspectiva que culminaba en unas puertas corredizas de vidrio... y eran vidrios de verdad, corredizos, que se abrían (estaban entreabiertos) sobre una terraza tridimensional, no pintada, que debía de medir dos o tres centímetros, provista de iluminación propia, halógena, disminuyendo de intensidad como un crepúsculo. Ferdie primero se admiró del trabajo que se había tomado Gerardo, y después cayó en la cuenta de que ese gimnasio no era otro que el Chin Fú. Se lo estaba por señalar a sus amigos, pero en ese momento habló Julio, que hasta aquí se había mantenido muy serio y sombrío.

—Aquí voy a dejarte, Ferdie. Cuidate, y nos vemos mañana.

—¿Por qué? ¿Adónde vas?

—Tengo que hacer.

—Un momento. ¿Y Marta?

No estaba con ellos. Julio señaló con el mentón. La chica estaba en la calle, entre las motos, charlando con conocidos.

—Quizás uno de ellos pueda llevarte en moto, si tu amigo no puede —dijo Julio.

—¿Qué tenés que hacer? ¿Es algo que tiene que ver con Chin Fú?

—Sí —dijo Julio—. Nunca me perdonaría si le pasa algo. Quién sabe dónde lo han llevado...

—¡Andate a tu casa y no te hagas problemas! —exclamó Ferdie en un arranque de despreocupación—. Él sabrá cómo salir del paso.

—¿Te parece? —Julio vacilaba, cosa rara en él. Negó con la cabeza—: No. No es tanto él lo que me preocupa como la fuente de trabajo.

—¿Y los otros instructores? ¿No podés llamarlos y avisarles?

—¿A esta hora? Están todos durmiendo. De todos modos, voy a ir al Chin Fú II y al III.

Los tres gimnasios del gigante estaban sobre Rivadavia, escalonados a cien metros uno de otro. Miraron en dirección de la avenida, que seguía a oscuras, y con el tránsito cortado.

—Deben de haberlos atacado también —arriesgó Ferdie—. Y si vas a Rivadavia, puede ser peligroso.

—Pero *tengo* que ir. No sé qué estoy haciendo aquí. Si realmente lo han puesto en un sistema de reducción, puede llegar a hacerse microscópico, puede hacerse un átomo, un electrón... Cada minuto cuenta, cuando hay un proceso en marcha.

Ferdie soltó la risa:

—Si Chin Fú se vuelve un átomo, podría estar en cualquier parte...

—Eso es lo que me preocupa.

—... y no podrías hacer nada.

—Siempre se puede intervenir, interrumpir un proceso. En este caso me parece que debería ser muy lento. Lentísimo, en realidad, casi eterno. No hay que ser fatalista. Es perfectamente posible hacer algo.

—No siempre —dijo Ferdie pensando en la lebrosis.

—Ahí viene Valencia —dijo Julio.

Venía apuradísima, abriéndose paso entre las motocicletas directo hacia ellos, con gesto de rabia. Al pasar le tocó el hombro a Marta y le hizo señas de que la siguiera, sin detenerse. Antes de llegar se puso a hablar a los gritos:

—¡Gerardo es un hijo de mil putas, un vendido, un canalla, se ríe de mí! ¡No se lo voy a perdonar nunca, nunca, en la puta vida! ¡Qué cínico! Lo siento sobre todo por vos, Ferdie, ahora lo único que te queda es salvar tu empleo. ¡Te va a difamar!

—Cálmate, por favor —le dijo Julio, tan sorprendido, como los otros dos—. No grites, que nos están mirando.

—¡Qué me importa! —Se dio vuelta hacia los motociclistas más próximos, que efectivamente estaban mirando, y pareció dispuesta a ponerse a gritar improperios, pero Julio la tomó del brazo con decisión y la hizo retroceder hacia las sombras, donde ya se había refugiado Ferdie, trémulo y despavorido.

—¿Qué te dijo?

Valencia se calmó un poco.

—Es lo que vos pensabas: lo tienen a Chin Fú en un frasco de mayonesa vacío y dentro de un rato van a hacer una ceremonia... ¡Gerardo no me quiere! ¡No me *ama*! Es un frívolo, un forro, un falluto...

—¿Qué ceremonia? —preguntó Julio.

—*Se lo van a dar de comer al cerebro de Ferdie.*

En ese momento, por debajo de la música atronadora de *rock*, se oía un coro de los parroquianos de El Granero, que llevaban el ritmo golpeando los chops en las mesas:

—Fer... die, Fer... die, ¡pú pú pú!

Era burlón y amenazante a la vez. ¿Sabrían que estaba aquí? Valencia soltó un alarido.

—¡Vámonos, vámonos, vámonos!

Marta tuvo la imprudencia de preguntar por qué, y la otra por poco le pega, tan nerviosa estaba.

—¡Yo tengo la culpa! Le dije a ese hijo de puta que Ferdie estaba conmigo, ni me sospechaba que... Son capaces de... Hay como cien chinos...

Desvariaba como una ménade, y tenía el pelo erizado. Julio la tomó por un brazo, y a Ferdie también, y emprendieron la marcha velozmente por donde habían venido, hacia Yerbal. Marta trotaba atrás. Se oyó una explosión simultánea de aceleradas salvajes de motos, pero nadie pareció fijarse en ellos, que no se volvieron a mirar.

Una vez que cruzaron Yerbal, y tras rodear un camión dado vuelta que debía ocultarlos, corrieron. En realidad, no tenían por qué preocuparse, pues la multitud de El Granero, en el aura de intensa luz roja, no tenía ninguna posibilidad de ver lo que sucedía más allá. Pero corriendo aliviaban la tensión, y les daba una tranquilizante sensación de huida. Cuando llegaron a las vías, Ferdie se había tranquilizado bastante, y estaba decidido a seguir hasta la avenida Avellaneda, tomar un taxi e ir a su casa, dando un rodeo todo lo largo que fuera necesario. Era como si la pesadilla hubiera quedado atrás al fin. Pero Julio se había detenido.

—Vamos a sentarnos por ahí —dijo señalando los matorrales al costado de las vías.

—Quiero irme a mi casa —dijo Ferdie, y explicó su idea del taxi. Las chicas no dijeron nada (Valencia estaba alterada todavía, cabizbaja), y Julio dejó transcurrir unos segundos antes de dar su parecer:

—Es razonable, y estás en todo tu derecho, por supuesto. Si querés, te acompaño, pero te pido que te quedes un momento, así Valencia nos aclara lo que sabe y decidimos qué es lo que más nos conviene.

Se dijo a sí mismo: «La pesadilla sigue». Le daba pena perder el impulso adquirido, pero en cierto modo ya lo había perdido, y, bien pensado, él también quería saber.

—Aquí no corremos ningún peligro —dijo Julio.

Así parecía. Caminaron unos cincuenta metros a la derecha junto a las vías, en la más completa oscuridad y silencio. Se sentaron en las piedras, entre los matorrales lunares de damas de noche. Valencia estaba llorando, así que no hablaron. Sonaban los grillos, y nada más. Los edificios a ambos lados estaban oscuros y muertos. Las vías tenían una fosforescencia rojiza de herrumbre; había una huelga de ferroviarios que ya duraba tres meses, así que no pasaría ningún tren. La luna llena seguía subiendo, y faltaba poco para que llegara a la cima del cielo. Al cabo de un rato Valencia le pidió un pañuelo a Ferdie.

—No tengo.

—Sí tenés.

Se tocó el costado y encontró un bolsillo, y adentro un pañuelito arrugado. Se lo pasó. Valencia se sonó la nariz, se frotó los ojos y suspiró.

—Gerardo es... —Buscaba la palabra, como para volver a empezar.

—Quién es Gerardo —cortó Julio.

—Mi novio. Era.

—Sí, pero quién es.

—Gerardo Malatesta —aclaró Ferdie—. Lo tenés que haber visto en televisión, tiene ese programa con muñecos.

—¿Cuáles? ¿Los Wittys?

—No... ¿Cómo es que se llaman, Valencia?

—La Pandilla Chikamatsu —dijo ella con odio.

—Es lo más pelotudo del mundo —comentó Marta.

—¿Pero qué hace con los muñecos en un lugar como El Granero? —quiso saber Ferdie—. ¿Tiene una versión para adultos?

—Sí, ¿no viste los carteles? La llama La Pandilla Explícita.

—Puede ser divertido —dijo Ferdie con tibieza.

—¡Andá a verlo, si querés! ¡Andá! —gritó Valencia. Seguía alterada. Marta se rio.

—¿Vos lo viste?

—Sí, una vez en Tarot, me llevó Valencia. Es atroz.

—Me pregunto —dijo Ferdie—, quién le escribirá los guiones.

—Aira, un escritor degenerado amigo de él —dijo Valencia.

—Vamos al grano —dijo Julio.

—No, perdoname Julio —dijo Valencia—, pero esto es pertinente. ¿Te acordás, Ferdie, cómo él te preguntó si alguien te había escrito la frasecita? Le dijiste que no, y él fue con el cuento al Hokkama. Ahora estoy reconstruyendo todas sus maniobras. Si le hubieras mentido, no te habrías metido en tantos problemas.

—Cómo me iba a imaginar...

—¡Pero te imaginaste la frasecita, y todo lo que supone! ¡Te lo imaginaste *todo*, y querés hacerte el inocente!

Otra vez tuvo que acudir Julio a poner orden en la conversación:

—Muy bien, tu ex novio trabaja para el Hokkama. ¿Qué es lo que va a hacer hoy? ¿Te lo dijo?

—Va a estrenar su nuevo *show*, y no tuvo que decírmelo porque lo leí en un cartel pegado en el zaguán de El Granero. Se llama Chin Fú Marionet, y el supuesto autor es Ferdie Calvino... Toda la idea es un dominio mental que al

empezar a ejercerse sobre el gigante, se hará nacional: Hokkama se propone nada menos que el control de la Argentina. —Hizo una pausa dramática y se lanzó a lo que desde las primeras palabras parecía una explicación completa. Era evidente que ella también encontraba en la huida, en su caso la huida teórica, un alivio a la tensión emocional—: Todo parte de una hipótesis sobre la percepción. El ser humano tiene sentidos, con los que aprehende el mundo en el que vive. Pero sucede que los estímulos que los sentidos están preparados para captar son excesivos en cantidad. Los visuales, por ejemplo, ¿cuántas cosas tiene para ver el que abre los ojos en la calle, en su casa, en cualquier parte? Estarán de acuerdo en que son innumerables. ¿Cuántos detalles visibles tiene una sola cosa, aun la más simple? Lo mismo sucede con el oído, con el tacto, con el gusto, con el olfato. Por suerte tenemos un mecanismo de embotamiento de las percepciones, que se manifiesta como un enfocamiento, y así es como vemos solo lo que miramos, oímos solo lo que escuchamos, etcétera. Vemos un punto nada más, y después vemos otro... Entre miles de ruidos, músicas, palabras, registramos nada más que un hilo sonoro que nos concierne... Gracias a ese mecanismo de la atención sobrevivimos; sin él, el cerebro nos estallaríamos por sobrecarga eléctrica. Por eso yo tenía tanto interés en que supieras lo que se estaba tramando con tu cerebro, Ferdie. Soy estudiante de psicología en la Universidad Católica, y sé bien de lo que hablo. He participado en experimentos que te helarían la sangre, con murciélagos a los que les extirpamos el enfocador auditivo mediante microcirugía con láser, y después les hacemos oír a José María Muñoz relatando un partido... Es instantáneo. ¡Bam! El cerebro les explota, se desintegra, salpica todo el vidrio de la caja. Hay drogas con las que se puede lograr el mismo resultado, sustancias que inhiben, en mayor o menor medida, el selector de atención.

Hizo una pequeña pausa para dar a entender que todo lo anterior había sido un preliminar. Pero también para subrayar que los preliminares de la comprensión podían prolongarse mucho más todavía.

—El arte —siguió— ha sido desde siempre el método «natural» para alcanzar la misma expansión de los poderes perceptivos. Ahí es donde intervienen los muñecos de Gerardo, pero apenas como auxiliar suplementario, porque la jugada de Hokkama, se me ocurre, es mucho más radical. De hecho, ha recurrido a cartas más fuertes, por ejemplo la guerra. La puso en escena como una gran conciencia difusa, y a Chin Fú no se le ocurrió otra cosa que predicar la distracción. No puede sorprender que haya sido derrotado. Las fábulas de las que se había revestido Chin Fú eran una

preparación subliminal para el arte del relato, con el que se puede salir de la guerra a la realidad. Es como si hubiera confiado en que alguien haría las crónicas de la guerra, y por supuesto que nadie las hará. Esta fue la guerra al revés: en lugar de cadáveres y mutilados, produjo los más bellos cuerpos del mundo.

»Ahora bien, para nosotros, gente civilizada y urbana que ya no estamos preocupados por la supervivencia, la percepción que cuenta es una muy especial: la de los sexos. Todo lo anterior se aplica aquí. Y solo aquí, porque ya no nos preocupa sobrevivir, como en una selva; a los que les preocupa es a los cirujas, que han entrado en la guerra por un pliegue maldito. Con nosotros, es solo el sexo. Hay una infinita riqueza atómica que asalta el cerebro, que en consecuencia debe limitarse y seleccionar al máximo, y automatizar. En el rubro sexo el mecanismo selectivo no es exactamente la atención, como en los cinco sentidos, sino una combinación de miedo y deseo. Tu frasecita, Ferdie, le dio la pista a Hokkama. Le vino como anillo al dedo. Habría sido un milagro que no se aferrara a ella. Sobre todo porque vos ya estás difundido en la sexualidad social, gracias a la televisión. Ahora, con tu cerebro en su poder, tiene la máquina infalible para dominar la reproducción de hombres y mujeres en la Argentina. Tengan en cuenta que nuestro país es un campo virgen en ese aspecto.

—Pero mi cerebro lo sigo teniendo yo, dentro de mi cabeza —dijo Ferdie. Valencia no contestó.

—¿Y cómo interviene Chin Fú reducido? ¿Cómo es eso de que se lo va a comer el cerebro de Ferdie?

—No puedo saberlo todo. Es lo que me dijo Gerardo, y no sé qué diablos pueda significar. Fue lo único que me dijo, por otro lado. Lo demás lo vine a comprender yo sola a partir de mil indicios. Es asombroso lo que puede el pensamiento. En un instante, cuando él me hablaba, me pareció verlo todo, y fue como si mi vida entera cambiara, se diera vuelta de arriba abajo. Vi el automatismo de la vida. Y no era nada horrible como en la literatura militante, sino un espectáculo de cierta dulzura, como una nostalgia. Vi a toda esa gente enganchada en los mecanismos objetivos de los nautilus, repitiendo siempre los mismos movimientos como se repiten las horas y los días. Vi la belleza en persona, desconociéndose a sí misma por pura felicidad. Vi esos ejércitos de jóvenes tan absortos en el sueño profundo de lo idéntico que eran violados sin darse cuenta...

Julio interrumpió esta efusión lírica:

—¿Dijiste que habría una ceremonia?

—Sí. Ahora, a la medianoche. Fue la palabra «ceremonia», cuando me la dijo Gerardo, la que me inspiró esas visiones.

—¿Adónde?

—En el Chin Fú III.

—Eso significa que lo han tomado.

—Sí. Me dijo que se habían apoderado del II, que destruyeron y clausuraron, y del III, donde están preparando esta fiesta.

—¿Alguien tiene hora?

Marta tenía su reloj de pulsera. Tuvo que exponerlo a la luna y mirar un rato con atención.

—Son las once —dijo al fin.

—Voy a ir —dijo Julio.

—¡No! —exclamó Ferdie—. ¡Podría ser peligroso!

—Tengo que ir. Si hay mucha gente, lo más probable es que pase inadvertido.

—A las doce, cuando termine el espectáculo de los muñecos —dijo Valencia—, van a ir todos los que ahora están en El Granero. Se va a hacer un enorme amontonamiento. Yo también voy a ir. ¿Marta?

—No me lo perdería por nada del mundo.

Ferdie no dijo una palabra. Se quedaron los cuatro en silencio. Los grillos sonaban sin cesar, la ciudad parecía muerta, sin autos ni gente ni luces. Donde estaban, tenían una amplia visión del cielo, lleno de estrellas azules. La noche era calurosa, pero la oscuridad tenía una frescura muy delicada. Las plantas estaban quietas; la más mínima brisa habría parecido una irrupción de otro mundo. Ferdie se echó hacia atrás, apoyado en los codos, y después apoyó la espalda y la nuca en el suelo. Miró el firmamento, y entrecerró los ojos con sueño. A su lado estaba Valencia, profundamente abstraída, el rostro vuelto hacia la luna. La veía de perfil, y la encontraba tan hermosa que le daba escalofríos. Y era inteligente, lúcida, decidida. Si estaba pensando, debía de ser algún plan el que se estaba formando en su cabeza, y los planes siempre incluían el amor. Ferdie se sintió poderoso, casi feliz. Los magnos espacios negros del universo descendían sobre él como un anticipo de portentosas visiones... Quizás esta noche extraña reservaba todavía para él algo grande, tan grande como el amor. Su cuerpo se esponjaba con la soledad hechizada de ese escondite, y los pequeños movimientos le arrancaban unos chispazos opacos y lo limpiaban y pulían... Se quedó dormido.

Cuando se despertó... Le pareció un prodigio que se despertara donde se había dormido, en la misma noche, en el mismo rincón desierto al costado de las vías, bajo las campánulas azules... Pero siempre hay alguien que sale del sueño para que una historia pueda continuar. Y como la historia siempre continúa, la puerta del sueño está en todas partes y el mundo persiste alrededor de todos los intervalos. Aun así, para Ferdie tenía algo de milagro, que lo maravillaba y parecía como si fuera a seguir maravillándolo toda su vida. Que la luna siguiera en su lugar... ¡la luna, justamente, que nunca está en el mismo lugar...! y los grillos sonaran como antes... y sus amigos estuvieran a su lado. No se habían olvidado de él, no lo habían relegado a otro episodio; no había siquiera otro episodio. Julio le estaba sacudiendo el hombro y lo miraba a los ojos desde muy cerca.

—Qué profundo dormís.

—No creas... Ahora estoy despierto.

—¿Seguro? —dijo la voz de Marta.

Marta también estaba ahí, minúscula y sonriente, como si se hubieran olvidado de ella y de pronto la hubieran recordado... Todo seguía igual... Se desperezó, y sintió como si metiera los pies y las manos en las campánulas húmedas a ambos lados de las vías... Se sintió desnudo, y al mismo tiempo vestido. Piernas y brazos desnudos, y sin embargo... ¿Qué tenía puesto? Se sentó y se miró. ¡Ah, cierto! El vestidito gris... Todo estaba igual... Pero no. Un momento. Al fin localizó el detalle diferente: faltaba Valencia.

—¿Y Valencia?

Julio suspiró como diciendo: «Por fin preguntás».

—Valencia me va a abrir la puerta trasera del Chin Fú III. Estuvimos elaborando un plan mientras vos dormías. Porque he decidido meterme a escondidas, y tratar de rescatar al gigante...

—Yo voy a ir con vos —dijo Marta.

—No es necesario. Podría ser peligroso.

—Pero quiero ir. Para mí es importante. Además, si Valencia se arriesga...

—¿Pero cómo va a hacerlo? —preguntó Ferdie—. ¿No la van a reconocer?

—No, porque está disfrazada: adoptó una personalidad ficticia que ha venido usando desde hace meses para infiltrarse en el Hokkama.

—No sabía nada.

—Nadie lo sabía, ni yo, ni Marta, ni su novio, por suerte. Era una misión secreta que le había encomendado Chin Fú. Me lo confesó hace un rato,

cuando yo dije que sabía de una puerta trasera del Chin Fú III por la que podía meterme, si alguien la abría de adentro.

Ferdie lo pensó un momento.

—Yo también voy a ir —dijo.

Julio no dijo nada. Se había puesto de pie y caminó unos metros en dirección a la calle Gavilán. Miraba por encima de los setos de damas de noche. Les hizo un gesto de que se acercaran. Se oían voces y movimientos. Vieron que todos los parroquianos de El Granero habían salido y caminaban hacia Rivadavia, llenando la calle.

—Vamos —dijo Julio—. Creo que en el tumulto no van a vernos.

Allí fueron. Era tanta la confusión y la cantidad de jóvenes que efectivamente nadie se fijó en ellos. No pasaron frente a El Granero porque doblaron en Yermal. Recorrieron la cuadra sin hablar. Al llegar a Granaderos hicieron una pausa. Todo estaba desierto, pero desde Rivadavia venía un estruendo sordo de voces y motocicletas. Cuando cruzaron la calle vieron pasar por la avenida, paralelas a ellos, nutridas columnas; por lo visto, no solo de El Granero iban espectadores. Volvieron a avanzar rápido, pegados a las paredes. Se detuvieron en una puertita metálica, ancha y baja, casi cuadrada.

—¿Es aquí? —preguntó Ferdie. Le resultaba intrigante que el gimnasio atravesara toda la manzana—. ¿Tan grande es?

—Chin Fú ha estado comprando propiedades por toda la zona.

—Están tan baratas —dijo Marta.

Julio dio un golpecito casi inaudible en la puerta. Pasaron unos segundos. Nada.

—Ya debería estar aquí. Espero que no le haya pasado nada.

Hubo un ruido de llaves al otro lado, que se prolongó un rato. Julio se impacientó, cosa rara en él.

—¡Pero qué está haciendo esta boluda! Le dije que lo único que había que hacer era sacar la traba...

La puerta se abrió. El que la abría era un joven vestido de oscuro, que Ferdie por casualidad conocía: era el empleado de limpieza del Hokkama que lo había interpelado en la calle días atrás.

—¿Qué hacías con la llave? —dijo Julio metiéndose—. ¿No te dije que bastaba con girar la perilla de la traba?

—¿Qué perilla? Hay llave, no traba.

Julio miró. En efecto, no había perilla ni traba, sino una cerradura Yale.

—Debo de haberme confundido...

—Menos mal que la llave estaba puesta. ¿Ves que no tenías por qué retarme? Yo también estoy nerviosa...

Ya habían entrado los tres, y Ferdie miraba asombrado al joven, en el que reconoció a Valencia.

—Vamos —dijo Julio.

Valencia se quedó atrás junto a Ferdie.

—Jamás te habría reconocido —dijo él.

—Ya lo sé.

—¿Por qué me engañaste el otro día? Qué comedia. Sos buena actriz.

—Todo lo que hago es por orden de Chin Fú.

No hablaron más. Estaban en una casa vacía. La atravesaron de punta a punta. No había un solo mueble. Evidentemente el gigante la había comprado para ampliar el gimnasio, pero no había hecho ninguna refacción todavía, salvo unir los fondos. No había cosa que se pareciera más a un laberinto, pero a ellos les fue fácil sortearlo porque no debían hacer más que seguir siempre en la misma dirección. Atrás había un patio, y en la tapia una puerta abierta. Más allá, estaban en terreno que Julio conocía bien. Era otro dédalo oscuro, de duchas, vestuarios, pasillos de armarios metálicos, salas de gimnasia llenas de espejos, consultorios, todo en distintos niveles unidos por escaleras en caracol... Era una magnífica obra de ingeniería moderna, la joya del imperio gimnástico del gigante; Ferdie, deslumbrado, se preguntaba por qué nunca se le había ocurrido siquiera ir a entrenar ahí, o por lo menos a conocerlo, ya que su carnet le daba acceso a cualquiera de los Chin Fú. No le extrañaba que los socios sofisticados eligieran este. En cambio él había ido a anotarse al Chin Fú I, al original, y había seguido yendo ahí, ciegamente, sin comparar, a aquel salón vetusto con sus nautilus gastados por el uso.

Julio iba interrogando a Valencia sobre lo que había visto al entrar por el frente.

—Hay miles —decía ella—. Cuando pasé ya estaban llenas las galerías, y abajo seguía amontonándose gente, y en el bar, por supuesto. Hay canilla libre.

—Me pregunto dónde harán las payasadas.

—En la «balsa», seguramente. Estaba puesta.

Ferdie preguntó qué era la balsa. Valencia le dijo que era una tarima de plástico, de quince metros de lado, que flotaba en medio de la pileta de natación. La colocaban allí para usarla como pista de baile por la noche, cuando el Chin Fú III se convertía en discoteca.

—Ahora vas a verla —agregó—. ¿Nunca viniste antes?

—No. Siempre estaba por venir a conocer, pero...

Del fondo de los pasillos, hacia el frente, venía una luz intensa y un ruido cada vez mayor. Tanto vociferaba la multitud que ahogaba la música, puesta al máximo de volumen.

—¿Adónde nos llevás? —le preguntó Marta a Julio.

Habían subido por todas las escaleras, y ahora lo hicieron por una más.

—Desde aquí vamos a ver qué está pasando.

Abrió con cuidado una puerta, y salieron a un estrecho balcón ya casi contra el techo, a la altura de un tercer piso. Ferdie quedó con la boca abierta. A sus pies se extendía el inmenso salón principal del Chin Fú III, de las dimensiones de un teatro grande, lleno de gente, de luces, de movimiento. Había varios niveles, que se abrían en medias lunas irregulares sobre el fondo; en el inferior, justo abajo de ellos, la pileta de natación redonda, llena del agua más azul, con reflectores submarinos. En el agua flotaba la «balsa»: sobre ella había una mesita Luis XV y unos bafles en cuyos cables trabajaban algunos demonios. La cantidad de gente bien podía calcularse en miles, y seguían entrando por la gran escalinata de mármol blanco frente a ellos, allá abajo. El grueso del movimiento se producía en el segundo nivel, donde estaba el bar, pero la muchedumbre se dispersaba por todo el espacio, colmaba las balaustradas, vaso en mano, mirando la pileta. Se llenaban también las anchas naves laterales de cada nivel, donde la gente se trepaba a los nautilus electrónicos para ver. Todas las luces estaban encendidas, incluida la araña en rosetón con sus doscientas bombitas. La cúpula de vidrio, a veinte metros del suelo, brillaba como un diamante.

—¿Viste a alguien? ¿A Hokkama? —le preguntó Julio a Valencia.

—No, no tuve tiempo. ¿Querés que baje a investigar?

—Vamos juntos. No hay tiempo que perder. —Miraba con la mayor atención hacia abajo, y señaló una puertita cerrada en el nivel inferior—: Deben de estar allí, en las oficinas de la administración.

No era una deducción difícil, porque de esa puerta hasta el borde de la pileta iba una alfombra roja, y una docena de demonios mantenía apartada a la gente. Se volvió, para bajar sin pérdida de tiempo.

—Un momento —le dijo Marta—. ¿Cómo pensás meterte ahí?

—Hay un baño, con un tragaluz...

Se congeló, porque en ese momento se apagaron todas las luces. «El tragaluz del baño, qué clásico de las aventuras», pensó Ferdie con ironía. Se produjo en él un movimiento curioso: fue como si se doblara en un ángulo de aventura absoluta, ya sin consecuencias. De no ser por Julio, a quien veía

preocupado en serio, habría soltado la risa. Al mismo tiempo, paradójicamente, sintió que en unos segundos comenzaría a aburrirse. Es que para él las consecuencias lo eran todo. Era de esas personas que viven buscando elementos de seriedad, de efectos, de realidad. Si el mundo se volviera una pura serie de acontecimientos, Ferdie no le encontraría el gusto, y ni siquiera el sentido. Lo que estaba por pasar ahora, podía adivinarlo, era una vistosa yuxtaposición en el tiempo a lo que había venido pasando.

Se apagaron las luces y la música, sonó un gong y un reflector cayó sobre la puertita. Se había abierto, y salía una pequeña comitiva rumbo a la pileta. A la cabeza iba Hokkama, un japonés pequeño y seco, de traje negro, y lo seguían dos asistentes, uno con una pecera de vidrio no muy grande, otro con una jaulita colgando de un dedo. El silencio se hizo completo, y sonó otra vez el gong. Pasaron ceremoniosamente por un puente hasta la balsa, a cuyo alrededor nadaba un gran cisne blanco salido quién sabe de dónde. Un murmullo de admiración corrió entre los espectadores. Sonó el gong por tercera vez y Hokkama ya había tomado ubicación detrás de la mesita, sobre la que los otros dos habían colocado la pecera y la jaula, para después retroceder discretamente. El japonés tomó un micrófono y alzó la vista.

Parecía una entrega de premios. El contenido de los dos receptáculos se hacía visible bajo la luz del reflector, aunque la distancia y la posición (estaban casi justo encima) no les permitía a los cuatro amigos distinguir con claridad. En la pecera, una masa rosa más o menos ovoide, del tamaño de la cabeza de un niño; en la jaula, un muñequito antropomorfo de quince centímetros, que se movía. En él los amigos adivinaron, con un estremecimiento de espanto, a Chin Fú. Ferdie compartió el escalofrío, pero se enmendó mentalmente: ¿y si era el gigante, qué? ¿Qué importancia tenía? Después de todo, no podía dudar de que era un truco. Una sonrisa de suficiencia asomó a sus labios, al percibir el terror de sus amigos, sobre todo de Julio, que se aferraba a la baranda como si quisiera arrancarla y se inclinaba de un modo francamente peligroso.

—Qué hacemos, Julio, qué hacemos —susurraba Valencia, pero Julio no la escuchaba. Hacer, en realidad, no podían hacer nada, como no fuera mirar. O tirarse de cabeza encima de ese escenario flotante, pensó Ferdie.

—Señores socios, simpatizantes, amigos —empezó Hokkama. Hizo una pausa, unos puntos suspensivos muy dramáticos, para después estallar con voz de trueno—: ¡La guerra ha terminado!

Hubo una ovación.

—El éxito ha coronado nuestros esfuerzos. Nuestras maniobras han dado resultado. Y todos saben que no puede haber guerra cuando las cosas ya han pasado. ¡La guerra queda atrás!

Aplausos. El japonés adoptó un tono menos exaltado.

—Nos hemos reunido esta medianoche para realizar la última y definitiva síntesis. ¿Qué tenemos acá? —empezó, didáctico, señalando el jaulín—. Un ser inofensivo, un verdadero juguete... Ustedes saben quién es. Durante muchos años, demasiados, la comunidad fisicoculturista de Flores vivió en el constante temor de un supuesto gigante, o mejor dicho de un supuesto agigantamiento, al que nos opusimos con todas nuestras fuerzas. Pues bien, tanto temor, tanta amenaza ¿adónde fueron a parar? A esta lagartija minúscula, a este alfeñique irrisorio. No nos queda más que olvidarlo. El gigante es un capítulo cerrado.

Discretos aplausos. Al triunfalismo lo moderaba el respeto remanente a la figura enigmática, todavía inexplicada, de Chin Fú. El público reservaba su potencia de irrisión para lo que venía después. Como si lo adivinara, Hokkama puso una mano sobre la pecera.

—Y aquí... —dijo con pesada ironía, conteniendo una sonrisa.

Las galerías estallaron en carcajadas. Se las notaba ansiosas de participar, como si la jarana les perteneciera por derecho. Hokkama se puso demagógico, soltó una risita que amplificó el micrófono y recogió el público con aclamaciones, risas sueltas y los primeros refranes procaces. El japonés prolongaba esta situación, radiante, como sin decidirse a encarar un asunto demasiado por debajo de él...

—Acá tenemos un cerebro... rosa.

La obviedad cromática produjo un verdadero aullido de regocijo.

—... un cerebro que tomó el camino erróneo, casi podría decir el camino invertido...

Aquí fue el acabóse. Estaban desencadenados. En algún rincón empezaron a cantar un estribillo que se generalizó en todo el salón: «marcha-a-a-trás». Ferdie seguía en las nubes, sin imaginarse de quién hablaban, aunque las miradas de reojo que le dirigieron Valencia y Marta deberían haberlo advertido. Hokkama tuvo que pedir silencio con un gesto para poder seguir hablando.

—Veo que no necesito decirles de quién fue...

—Nooooo —gritó la multitud.

—... porque ya todos saben que el astro de la televisión, el galancito por el que suspiraban las niñas de los colegios de monjas...

—... a-a-trás...

—... el famoso Ferdie Calvino...

—... march-a-a...

—... no tuvo más remedio que donar su rosado órgano de pensamiento...

La revelación había herido a Ferdie como un rayo. ¡Era él! Toda esa escena inverosímil... Se llevó una mano a la cabeza, como si quisiera comprobar por el tacto que seguía llena con su cerebro. Se obnubiló por completo, dejó de oír las palabras del discurso de Hokkama... Por un segundo horroroso creyó que no podía pensar, que no podría pensar nunca más, y realmente en ese momento no podía... Creyó que perdía el equilibrio, y buscó con la mano y con todo el cuerpo la baranda. Lo que sucedió entonces fue que la baranda, en la que ya se apoyaban con todo su peso Julio y las dos chicas, no resistió. Se dio vuelta hacia abajo como si tuviera una bisagra a sus pies, y los cuatro amigos se precipitaron al vacío como peleles.

Solo cuando iban por la mitad de su caída los vio el público. Debió de haber muchos que lo reconocieran, pese a lo fulgurante de la visión. El discurso y los cantos no podrían haber tenido ilustración más justa: Ferdie Calvino volaba vertical frente a ellos, cabeza abajo y vestido de mujer... Los gritos de alarma se mezclaban con los de irrisión. Los cuatro cayeron en el agua, por suerte. Lo único que supo Ferdie fue que había caído encima del cisne, con el que se enredó hasta el fondo en un nudo asfixiante de brazos, alas y piernas. Secundariamente sintió que en la zambullida había perdido el vestido, y que subía desnudo a la superficie, siempre trabado al cisne. Al llegar al aire, al mismo tiempo que se llenaba los pulmones, creyó que el cisne se había vuelto loco y que se proponía matarlo. No se daba cuenta de que en su desesperación se estaba aferrando al pájaro con todo el vigor de las dos manos. Y cuando lo advirtió, ya era tarde, porque el cisne había remontado vuelo, y estaba a cinco metros del piso, a diez... ¡Estaba volando! Pudo ver desde lo alto que varios fornidos demonios habían sacado del agua a sus amigos y los tenían inmovilizados sobre la balsa, mientras Hokkama exhibía el vestido gris chorreante a la vez que vociferaba algo inaudible por los gritos y aplausos de la multitud desencadenada.

A pesar del vértigo creciente, logró adoptar una postura de jinete sobre el cisne, que con las alas desplegadas había empezado a volar en círculos por las alturas del salón, seguido por todas las miradas y pronto también por un reflector, el único encendido. El aire vibraba al ritmo de un único grito que proferían todos, sin excepción, incluidas las mujeres (eran las que más gritaban):

—Puuu-to, puuu-to, puuu-to.

Pero el espectáculo arrobador del bello joven desnudo montado en el cisne que surcaba majestuosamente el aire no había sido más que una breve distracción que pasó a segundo plano ante algo muchísimo más extraño que había empezado a pasar mientras tanto, y hacia lo que se dirigieron las miradas, haciendo cesar el canto y transformar las risas y aplausos en muecas de creciente espanto.

El cerebro en la caja de vidrio, abandonado por el reflector, había empezado a irradiar luz propia, de un rosa venenoso, fluorescente, y esa luz se hacía más y más fuerte, y pulsaba... Hokkama dio dos pasos hacia atrás, con gesto horrorizado. La masa rosa había crecido, había tomado una forma que empezaba a reconocerse vagamente... unas patitas, una cara adormecida de labios hendididos... unas... orejas... Era sin duda alguna una liebre, Ferdie lo vio desde lo alto al mismo tiempo que todos, y también él recordó la leyenda, que las condiciones de esta aparición sugerían irresistiblemente, de la Liebre Legibreriana, con cuyo nacimiento coincidiría el fin de la Argentina.

Los gritos de escarnio, tras un breve silencio sorprendido, se renovaron como gritos de horror, y comenzó la desbandada, que sería catastrófica si esos miles de personas querían salir todos juntos por la única puerta con su empinada escalera. La liebre ya debía de tener su plena forma, pero era imposible atravesar su resplandor y verla. Se había elevado un poco, el fulgor flotaba en el aire... La balsa se había vaciado, salvo por Julio, Valencia y Marta, inmóviles en los bordes del brillo. En un giro del cisne Ferdie pudo ver algo que se le había escapado hasta entonces, y que debía de ser causa de la desbandada tanto como la liebre: el gigante había comenzado a crecer, o mejor dicho, ya había crecido, inmensamente, sus pies se hundían en la pileta, su cabeza ya se acercaba al círculo que recorría el cisne... y entonces extendió los brazos colosales, y dio un paso, se inclinó... Los gritos y el movimiento de la masa hacia la salida llegaron a un paroxismo; el gigante seguía produciendo miedo; se habían apurado a declarar su fin. Pero no se había inclinado para aplastar a nadie sino para alzar a Julio y a las dos chicas, y los sentó en sus hombros, tras lo cual se irguió (ya era enorme), atrapó al vuelo al cisne por la punta de un ala con el pulgar y el índice, tomó delicadamente a Ferdie y lo sentó en su hombro izquierdo al lado de Valencia. Los demonios se habían reagrupado después de la sorpresa inicial y comenzaron a disparar sus pistolas de rayos. Pero Chin Fú de un salto hizo estallar la cúpula de vidrio y ya estaba corriendo sobre los techos, la cabeza entre los astros de la medianoche.

—¡Miren allá! —gritó Marta desde el hombro derecho donde iba montada.

Miraron en la dirección que señalaba: allá lejos, adelante, corría la liebre por la Vía Láctea, apartando estrellas.

—Pierdan cuidado —dijo el gigante—. Nunca la alcanzaremos.

De todos modos, era una visión fascinante. Cuando fue más pequeña que un punto, que nada, los cuatro jóvenes miraron hacia abajo; a los pies del gigante se desenrollaba como una alfombra mágica el barrio de Flores.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —arriesgó Ferdie desde el hombro, con voz un tanto vacilante (pero, después de todo, estaba cerca de la oreja, en la que habría podido meterse de cuerpo entero).

—Todas las que quieras —dijo Chin Fú sin volverse a mirarlo.

—¿Cómo hizo para crecer de golpe?

—No fue mérito mío. Simplemente debía crecer en ese momento; es un movimiento en dos direcciones.

—¿Entonces no fueron los demonios del Hokkama los que lo redujeron?

—¡Por supuesto que no! Jamás habrían podido. Sucede que yo naturalmente me reduzco, durante unas horas, una vez cada mil años, y justo tocaba hoy.

—¿Justo esta noche?

—Sí. Qué casualidad, ¿no? Debo reconocer que ellos supieron aprovecharla bien.

—Mil años... —dijo Ferdie, soñador.

El gigante lo dejó asimilar la información antes de seguir:

—¿Te parece mucho? Sin embargo, la guerra ha durado mil veces ese lapso, y mil veces esa multiplicación, y todo eso es apenas un segundo en el gran milenio de los sexos.

—Parece la eternidad.

—Mmm... Sí, parece.

—¿Es la guerra de los sexos, entonces?

—No.

—Yo creía... Quiero decir, había oído hablar...

—¿De la guerra de los sexos?

—Sí.

—También habrás oído hablar de la guerra del Bien contra el Mal, de los Pobres contra los Ricos...

—... del Chin Fú contra el Hokkama —propuso Julio desde el hombro derecho.

—Sí, eso también, ¿no, Ferdie?

—Sí.

—No deberías tomar al pie de la letra todo lo que oís. La guerra de los sexos es un concepto erróneo. La guerra sucede a otro nivel. Entre los sexos no hay guerra sino transformación. Un sexo se transforma en otro, y eso es algo que deberías haber visto con tus propios ojos porque pasa en el presente, no en el milenio de la guerra. Si un sexo persistiera en su naturaleza, la realidad se haría real, y la guerra estaría perdida de antemano. Directamente no habría guerra.

—¿Pero yo no quiero transformarme en mujer! Todo lo contrario: quiero llegar a ser un hombre.

—¿Y vos, Valencia? —preguntó el gigante.

—Yo quiero ser una mujer hermosa.

—Ajá. ¿Julio?

—Yo ya soy un hombre.

—Mirá vos. ¿Marta?

—A mí no me importa tanto.

El gigante se quedó callado un momento. Seguía dando zancadas de doscientos metros. Cuando volvió a hablar, fue como si la voz saliera de las honduras negras del cielo.

—El Mal acecha. La realidad en cualquier momento puede hacerse real, y eso significaría el fin del universo. Las transformaciones de los sexos siempre lo impiden, porque siempre suceden más o menos a tiempo.

—Pero la gente —dijo Ferdie— no cambia de sexo, que yo sepa. Salvo...

—¿Salvo qué?

—No sé... Excepciones... muy llamativas.

—Qué equivocado estás. Pasa todo el tiempo, pasa bajo tus narices. ¿Cómo explicarías el mundo si no? ¿Cómo te explicarías nada?

—No sé —repitió Ferdie—. No me queda claro. ¿No podría darme un ejemplo?

Valencia le dio un codazo e hizo un gesto ahuecando la mano, como si dijera «qué hinchapelotas sos». Pero el gigante no lo tomó a mal.

—Como poder, podría darte mil. Aunque nunca he visto la utilidad de los ejemplos. No obstante, para darte el gusto... Dejame pensar...

Dio en silencio varios de sus pasos de siete leguas.

—Vos habrás visto, Ferdie, en el barrio, hombres con hijos pequeños. Quiero decir, no solo mujeres con hijos, por la calle, llevándolos en brazos o de la mano, sino también hombres, sus maridos. Y hombres pobres, muy

pobres, con su mujer y los chicos... ¿No te ha llamado la atención? ¿Nunca lo pensaste como un «ejemplo»? Vos sos un joven realista, que no ignora lo que cuesta vivir. Entonces sabrás que los hijos son caros de mantener, carísimos, son un lujo, se diría que sólo los millonarios pueden permitírselos. Y los hombres, sobre todo los pobres, esto lo habrás pensado por tu cuenta más de una vez, no están unidos por necesidad con su prole. No son ellos los que quedan embarazados... Eso sí que sería una excepción muy llamativa, como vos decís. ¿No te parece que sería mucho más lógico que todos los hombres pobres abandonaran a su suerte a sus mujeres embarazadas o paridas? ¿No es lo que harías vos, si estuvieras en tus cabales? La única explicación para que no lo hagan es que ellos mismos se vuelven mujeres, y entonces no pueden abandonarlas, no pueden abandonarse a sí mismos. Ahí tenés tu ejemplo.

—Pero no se vuelven mujeres *de verdad*. Es una metáfora.

—No, qué va. La metáfora no existe. La transformación es real, más real imposible por que ahí se termina la realidad. Quizá lo entiendas mejor en términos de concepto, fuera del ejemplo, que siempre engaña. Todo parte del impulso sexual, y la fantasía de base en ese terreno es la disponibilidad de las mujeres. Eso es lo que está latente en tu vida: la joven desamparada, más bella que todos tus sueños, que se pone en tus manos, en todo su abandono, porque no tiene nada ni a nadie en el mundo... En los hechos, fuera de tu cabeza, esa fantasía se apoya y se apoyará siempre en la existencia de los pobres; si has visto un hombre pobre, más pobre que vos, un mendigo, un desocupado, si lo has vislumbrado buscando empleo o buscando una víctima para robarle, sabrás que también existen mujeres pobres... Por extrapolación, verás que la idea se hace realidad. Pero ahí el «ejemplo» puede jugarte una mala pasada. La clave está en no tomar literalmente la historia de la huérfana, la desamparada. No hay que tomárselo como un cuento. Y no porque no vaya a hacerse real en tu vida, sino justamente por lo contrario, porque se hace realidad siempre, no como un sueño que se realiza, sino como la Vida que se transforma en sueño. Es al tomarlo como una ficción cuando se corre el riesgo de persistir en el propio sexo. Para el que sabe pensar, en cambio, como es tu caso, se abre la aventura maravillosa de tenerlo todo, todas las mujeres, todo lo que quieras. Y ahí si hay que entenderlo literalmente. «Todo» es de esa clase de palabras que no participan en las metáforas.

—¿Todo lo que quiera? —balbució Ferdie.

—Así es. Pero el método vale para uno solo, Ferdie: para vos.

—¿Para mí solo?

—Sí. Para vos solo —dijo el gigante—. Hay un solo ganador en este juego, de otro modo no valdría la pena jugarlo, el premio sería demasiado pequeño.

—¿Por qué yo?

—Por nada.

—¿Acaso no hay otros como yo?

—Por eso mismo. Porque hay otros jóvenes como vos en el mundo, igual de lindos, de corteses, de inteligentes. Sos un bien renovable. Toda la belleza humana lo es, y por eso es bella. La juventud se renovará siempre en la Tierra, con todos sus atributos, incluido el amor.

Ferdie lo encontraba demasiado poético, y le pareció que le estaba tomando el pelo. Se encogió de hombros, y Valencia soltó una risita. Miró hacia abajo: ya estaban sobre la inmensa villa miseria al sur de Flores. Después alzó la vista al camino de estrellas dispersas por el que se precipitaban. Al gigante no podía verle la cara, pero le pareció que sonreía.

6 de mayo de 1991



CÉSAR AIRA. Nació en Coronel Pringles en 1949, y desde 1967 reside en Buenos Aires, donde estudió Derecho y Letras. Desde 1970 se dedica a la traducción, donde es muy bien considerado, y comenzó a publicar sus propios textos en 1975. Colabora con ensayos y crítica literaria en varios periódicos y revistas y ha sido traducido a varios idiomas. Es autor de novelas cortas, relatos, obras de teatro y ensayo, y se caracteriza por su estilo muy personal, original y de tipo experimental. A lo largo de su carrera ha recibido numerosos premios y galardones, como el Konex a las Letras, y ayudas a la creación, como una beca Guggenheim en 1996. De entre su obra habría que destacar títulos como *Cómo me hice monja*, *La cena*, *El tilo* o *Los misterios de Rosario*, entre otros, ya que Aira es un prolífico y variopinto escritor.